

ANDRÉS IBARNAVARRO

PUEBLOS DE LA RIOJA

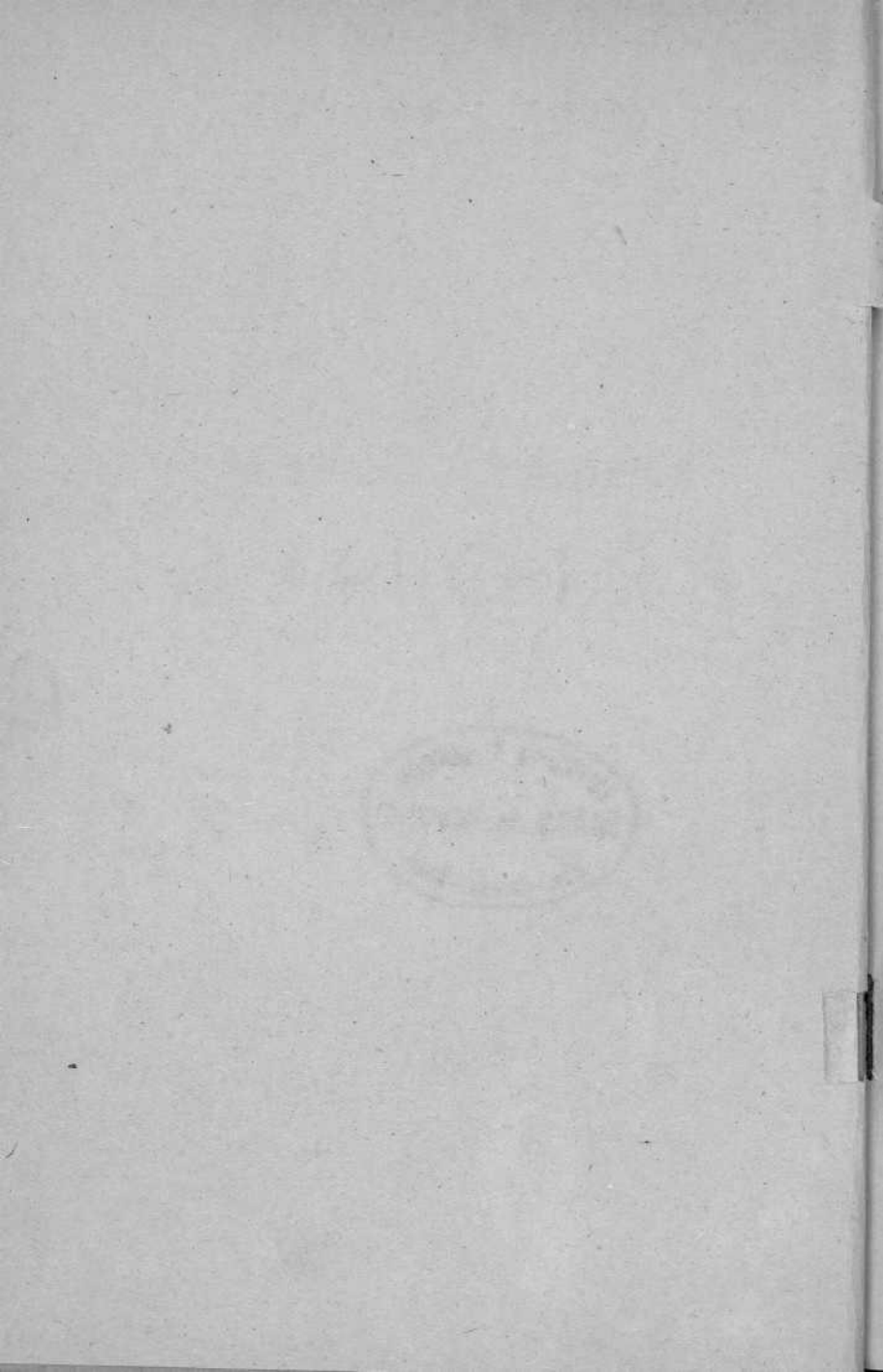
BRIONES





PUEBLOS DE LA RIOJA



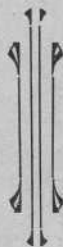


908(465.5 Briones)

ANDRES IBARNAVARRO

R-97

PUEBLOS DE LA RIOJA
BRIONES



R/13.000

ZARAGOZA
Imprenta HERALDO DE ARAGÓN
1946

A LA MEMORIA DE MI SOBRINO JUAN IBARNAVARRO

Nadie más digno que tú de figurar en la primera página de mi libro.

«Si caigo en esta triste lucha, mi capitán, que me lleven a enterrar a mi pueblo.»

No pudiste expresar mejor el cariño a Briones y a los tuyos.

Duerme tranquilo en este cementerio donde descansa tu cuerpo roto por la metralla, a la sombra de unos cipreses que todos los días contemplo desde mi balcón mientras rezo un Padrenuestro.

Sin este dolor seguramente no mandaría a la imprenta estas cuartillas contando la historia del lugar de tus amores.

Ahora sí, ya que dedicándolas a tu memoria y escribiéndolas para ti entretengo y alivio mi pena, haciendo con ello tiempo hasta la hora de irte a buscar, al lado de mi madre, al cielo.

AL LECTOR

Al presentarme a ti, pocas explicaciones te debo, lector, porque te conozco.

Caminan por este pícaro mundo —mucho más en estos tiempos— tan poquísimas personas interesadas en «cosas de pueblos», tratadas además por un autor desconocido, que al tener este libro en tus manos puedo darte sin temor a equivocarme el honroso título de buen riojano, amante de Briones o gran amigo mío.

A lo mejor, eres tú las tres cosas.

También conozco la opinión de quien tenga la paciencia de leerlo hasta el final; como si le oyera. Pues señor, van a decir, esto del amigo Ibarnavarro no tiene otro mérito que darnos una vuelta por su pueblo, haciendo de «cicerone»; lo mismo que esos charlatanes de sombrero calañés cuando enseñan a los ingleses las maravillas de Córdoba o Sevilla, metiéndoles de vez en cuando alguna «bola».

Pues bien; tienes razón en todo menos en lo de la «bola».

Te aseguro que a falta de otro mérito, he procurado recoger lo que te cuento con tanto cuidado de cronistas, archivos y datos oficiales, que si de algo dudas estoy dispuesto a llevarte donde puedas comprobarlo. Encontré gran ayuda para conseguirlo en escritos de Govantes y Garrán, pero mucho más debo a los viejos documentos de esta iglesia y a la amabilidad de un amigo que, para todo lo relacionado con el término municipal, puso en mis manos el original del primer catastro hecho en España por nuestro ilustre paisano el Marqués de la Ensenada.

Me ocurrieron en verdad muchas cosas al escribirlo, y tentado estuve de intercalar algunas de mi cosecha, por darle amenidad o salvar lagunas que seguramente has de notar; pero en ningún caso dejé volar la imaginación, firme en mi propósito de servírtelo así, te guste o no.

Si después de estas explicaciones aún insistes en establecer la comparación con el «tío del calañés», sólo te pido tengas en cuenta, por favor, lo mucho que yo he sufrido mientras aquel guzón vivía y se reía del «mister». He pasado muchos días arrastrado como un ratón por los rincones de algún archivo, quitando telarañas o haciendo equilibrios sobre escaleras de tijera, perdiendo los ojos en amarillentos pergaminos, molestando a muchos amigos y comprando por cajas las pastillas de jabón.

No olvides esto, y sobre todo lo de las «bolas».

Cumplimentado este saludo, vamos a dar un paseo por las hermosas «cercas» de Briones; al pasar por las «Cuarenta» fumaremos un cigarro cara al cierzo, para emborracharnos con aquellas vistas; seguiremos hasta el famoso puntal del «Torreón», y entraremos por alguno de los antiguos arcos a la plaza.

Según es costumbre en los pueblos, visitaremos primero la iglesia. ¡A ver qué te parece!

Luego echaremos un trago.

EL AUTOR

BRIONES

SU ORIGEN



Es lugar tan antiguo, que el *Cronicón de Sebastián* nos conserva una memoria de esta villa muy próxima a la invasión árabe, contando a Briones entre los pueblos que en el siglo VIII taló D. Alfonso I, llamado el Católico, llevándose a las montañas a los habitantes cristianos y degollando a los árabes.

Su antigüedad la dice su mismo nombre, que conserva de los antiguos berones, pueblo celta dueño de este país cuando los romanos conquistaron la España.

Según consta en el famoso Fuero de Nájera, donde entre otros lugares se nombra muchas veces a éste, no se le llamaba entonces como hoy, sino «Ebriones». Así lo consigna también D. Angel Casimiro de Govantes en su *Diccionario Geográfico-Histórico de España*.

Estos berones eran una república, familia o tribu —las tres designaciones emplean historiadores antiguos— que ocupaban gran parte de la actual Rioja, con algo de la provincia de Burgos, y cuyo dominio es difícil precisar.

De todas estas razas que llegaban hasta la entrada del Nervión en el mar, se conocen muy bien las vecindades en cada dirección. Los berones confinaban por el Oeste con los austrigones; por el Sur con los arebacos y peldonos; por el Este con los vascones, y por el Norte con los bárdulos o bardietas.

Por esto dice Estrabón que debajo de los austrigones estaban los pelendones, y debajo de éstos y los berones vivían los arebacos.

A los pelendones los coloca por tierras de Lara y Salas de los Infantes, para empezar al Norte de estas sierras el dominio de nuestros berones.

Estrabón hace también confinantes a los cántabros coniscos, pero colocando la Historia a los austrigones desde el Monasterio de Rodilla y Briviesca hasta la desembocadura del Nervión, para tener algún punto de contacto con esos cántabros de las montañas de Burgos debió de existir alguna faja de terreno por la falda de los montes de Oca que llegara hasta Belorado, donde confinaban.

También pudo ocurrir que por las Conchas de Haro, hasta donde llegaban los berones, viviesen cántabros separados de los de las montañas.

Govantes cree, y es lógico, en la vecindad por la parte de Belorado, ya que es el punto donde los nuestros estaban más próximos a la Cantabria de Augusto. Tiene además en cuenta que esta ciudad burgalesa está situada debajo de los montes de Oca, distante sólo ocho leguas de los de Santa Casilda, pertenecientes ya a Cantabria.

Los berones tenían, según Tolomeo, tres poblaciones principales: «Oliva», «Tritium-Megalón» y «Varia», lugares llamados Tritiun, Livia y Verela en el itinerario de Antonio Augusto.

Nadie duda de la existencia de una *Varia* a media legua de la nueva ciudad de Logroño al Este, que según Plinio distaba doscientas sesenta millas de la entrada del Ebro en el mar. Era además el último puerto cuando por el Ebro se navegaba, y en él embarcaba Alfonso el Batallador la madera de la Rioja para la proyectada toma de Tortosa en el siglo XII.

La existencia de *Livia* la menciona también Plinio, contando a los livienses entre los pueblos que concurrían a la Audiencia o Convento Jurídico de Cæsar Augusta—la actual Zaragoza—. En una carta de San Hilario, Papa, del siglo V, se habla de ella, y todos los itinera-

rios la colocan cerca de una colina del antiquísimo Ramélluri — hoy Herramélluri —, lugar donde en algunos tiempos se descubrieron curiosas antigüedades.

Hoy estas ciudades son Tricio, Leiva y el poblado de Varea, cerca de Logroño, con algunas variaciones, ya que Livia u Oliva estaba entre ésta y Ramélluri, en una colina, y de una Varia romana hay vestigios en un alto de poca elevación, a corta distancia de la carretera de Calahorra, entre Varea y el Ebro.

Entre las ciudades de los berones era famosa la de Atiliana, la actual Hormilla, cerca de Nájera y vecina nuestra.

Briones, que es el que conserva con más pequeña alteración su antiguo nombre, ocupaba el centro de un medio círculo formado por esas tres importantes ciudades. Según los itinerarios de entonces, estaba situado «a tres leguas Este de Ramélluri, y a cinco cuartos de legua del Tirón, vigilando el Ebro».

El excelente cronista, entusiasta riojano y gran amigo mío Sr. Garrán, al verme metido en estas andanzas me animaba a proseguir mis trabajos, por creer posible descubrir la seguridad de haber sido Briones la capitalidad de los berones. Sólo fué frontera de los bárdulos o bardietas, que ocupaban la otra orilla del río, y firme en mi propósito de servir a la verdad, lo dejó en el lugar que le corresponde.

Las demarcaciones de todas estas razas no ofrecen ninguna duda; por el Oeste era el Tirón el que nos separaba de los austrigones. Otro tanto ocurre por el Sur, ya que nuestra frontera con los arebacos y pelendones estaba constituida por el Idubeda, que actualmente son las sierras de Pineda, Ezcaray, Valvanera y Cameros, cuyas vertientes al Sur pertenecen a Burgos o Soria y las del Norte a Logroño.

Al Este ofrece discusión la mansión Barbariana, nombre que tiene hoy un despoblado conocido por San Martín de Barberana, cerca de Calahorra. Según un *Diccionario Geográfico-Histórico* publicado por el Sr. Cortés,

estaba dentro del dominio de los berones, colocado a la derecha del Ebro, cuatro leguas Este de Logroño y dieciséis Este de Briviesca. Da la casualidad de estar Calahorra —ciudad vascona— a la misma distancia del citado despoblado por el Este, ocurriendo otro tanto con Varea por el Noroeste, haciendo todo suponer que se trata de un error al citar estas ciudades, y así lo entienden todos, incluso Govantes.

Colocado además el Leza entre las dos famosas plazas de Varia y Calagurris, es natural fuese este río la divisoria entre vascones y berones.

Más difícil es señalar los límites, por el Norte, de los bárdulos o bardietas, que se extendían hasta el mar por la parte de Bilbao, dominando muchas tierras de Alava y Navarra, para llegar a estas riberas del Ebro. Desde luego, era este famoso río el que los separaba, pero no ha sido posible precisar hasta qué punto les pertenecía la orilla izquierda.

Prescindiendo de estas dudas, lo indudable es que las tierras de los berones comprendían, de Norte a Sur, desde el Ebro hasta las sierras de Pineda, Ezcaray, Valvanera y Cameros. De Este a Oeste dominaban todas las que hay entre el río Leza al Tirón.

Dentro de este territorio, formando parte de esa república, familia o tribu, encuentro las primeras noticias de Briones en mis afanes por descubrir su vida.

LOS BERONES

Poco entretenido es el asunto, pero algo hemos de decir de las características de esta raza, en atención a los primeros pobladores de Briones que conocemos.

Los celtíberos y ellos debieron de conquistar sin gran esfuerzo gran parte de España a los iberos, por esto que dice Estrabón: «Si los iberos, unidas sus fuerzas, hubieran defendido la libertad de su Patria, ni los cartagine-

ses con sus expediciones, ni antes de ellos los tirios y celtas, llamados ahora celtíberos y berones, hubieran podido sojuzgar, como lo hicieron, sin oposición la mayor parte de la España».

Más adelante agrega este mismo historiador: «Estos berones traen también su origen de la transmigración o ejército de los celtas, estando al Norte de los celtíberos y limítrofes de los cántabros coniscos. De ellos es la ciudad de *Varia*, situada en el paso del Ebro».

Eran tan conocidos estos berones, que en la Historia Romana Sertoriana, refiriéndose a la toma de la famosa ciudad celtíbera Contrebia Leucada por Sertorio, en el fragmento al libro 91 de Tito Livio encontrado en la Biblioteca vaticana y publicado por el erudito Giovanecci, se dice: «Præterquam urbem, opportunissimus ex Beronibus transitus erat in quamunque regionem, ducere exercitus statuisset». Ello da a entender el aprecio de aquel gran capitán a la posesión de este país, suponiendo algunos que Sertorio, conociendo la fertilidad de sus tierras y la suavidad del clima, lo destinaba para cuarteles y descanso de sus tropas cuando no estaban en campaña.

Otro recuerdo honorífico de aquella raza nos conserva Aulo Hircio, digno continuador de los comentarios de César.

Cuenta este famoso historiador que habiéndose sublevada la tropa en Córdoba contra su pro-pretor Casio Longinos, fué defendido heroicamente por los leales berones armados de arcos, ya que los llevaba siempre como hombres de confianza para su guardia.

Este pasaje, como cuantos se ocupan de aquellos leales luchadores, prueba la conducta extremadamente fiel que observaron en todas las ocasiones, como sus vecinos los calagurritanos con Sertorio y más tarde con los Emperadores, y ponen de manifiesto las relevantes cualidades de aquellos antiguos pueblos.

Es difícil precisar la fecha en que este país perdió su nombre; pero en tiempos de los reyes godos se había

olvidado, y así en la Historia de San Millán, escrita por San Braulio, se le llama ya Cantabria. Los reyes de Navarra, al reconquistar después estas tierras, se titulaban en algunas ocasiones reyes de Cantabria también, demostrando todo que este nombre le sustituyó. En opinión de Govantes y otros cronistas, a continuación de la sujeción de Cantabria por Augusto, debió de establecer un gobernador para vigilar al país, fijando su residencia en Varea, por estar más próximo a los cántabros, además de ser lo más templado y hermoso, levantando en el punto más elevado la fuerte plaza de Cantabria; y con esto fueron todos los dominios denominándose así, para olvidar el de berones, austrigones, etcétera.

Algo de lo ocurrido con Castilla al absorber tanto nombre como llevaban las muchas tierras que de ella forman parte, hasta conseguir fuera llamándose así todo cuanto hay dentro de ella, incluso el histórico y antiguo reino de León.

Los árabes llamaron a este país «Vélez Assikia» —tierra de acequias o regadío—, y en tiempos de Alfonso VI es cuando por primera vez aparece el nombre de Rioja, en un fuero que dió a Miranda a últimos del siglo XI.

Después de este rey de Castilla, fueron todas estas tierras escenarios de grandes luchas, sostenida una de ellas por los López de Haro contra Alfonso el Batallador, de Aragón, que se apoderó de Logroño, hasta el 1134, que pasó a poder de Alfonso VII.

Los navarros quisieron también conquistarla, mandados por Sancho el Sabio, siendo derrotados precisamente en este pueblo de Briones, junto a los llanos de Valpierre. Mandaba en esta batalla a los castellanos don Ponce, Conde de Minerva.

Más tarde este mismo Sancho, aprovechando la niñez de Alfonso VIII, volvió a la lucha, apoderándose de varios pueblos, que perdió en 1179, hasta que reunidos los dos monarcas entre Nájera y Logroño, renunció el navarro a sus pretensiones, renaciendo por unos años la paz.

En 1368 estalló la guerra civil entre D. Pedro y su her-

mano D. Enrique de Trastamara, teniendo lugar nuevamente una de las más duras batallas en este pueblo de Briones y en el mismo Valpierre. Debió de ocurrir donde llaman el Portillo de los Judíos, por haberse encontrado restos en algunas fincas al practicar desfondes.

El tiempo, que todo lo borra, hizo pasar a la Historia a estas antiguas razas y cuantos se disputaron la posesión de las ricas tierras riojanas; pero yo no he de olvidar en mi referencia a los que lucharon por sus lugares o fueron unos días dueños y señores de esta plaza fuerte.

Al recordarles después de tanto siglo, mientras veo rodar por el suelo sillares desprendidos de las torres y fortalezas donde se defendieron, pienso en los que amontonaron las primeras piedras, en el afán de aquellos hombres por ordenarlas y en cuantos trabajaron sobre este cerro hasta el siglo XII, que es cuando Briones, orgulloso y retador, pudo desafiar al mundo desde su altura, con el alcaide en la fortaleza, bien montada su guardia, vigilante su castillo y admirablemente defendido rodeado de murallas, rematadas sus esquinas con airosos torreones.

SEÑORIOS

I

EL primer señor de Briones de que tenemos conocimiento fué D. Diego López de Haro —tercero de este nombre—, durante el reinado de San Fernando.

Tenía además su señorío propietario de Vizcaya, pero en sus excursiones molestaba las tierras realengas con guerras feudales que permitía el Fuero castellano a los «ricos homes desnaturalizados», por lo que perdió esta villa y se vió en un mal trance, según aparece en la Historia de este rey santo, en un pasaje que dice: «El rey quitó a D. Diego López de Haro —tercero de este nombre— los señoríos honorarios que tenía, y advirtiéndole su deseo de molestar las tierras realengas con guerras feu-

dales, fué con un ejército contra él, derribándole su villa de Briones, haciendo presos en este mismo pueblo a D. Diego con todos los caballeros que le seguían y teniendo éste al fin que poner término a la lucha, retirándose a su señorío propietario de Vizcaya».

Desde entonces el pueblo perteneció a la Corona, dando en todas las ocasiones tantas pruebas de su fidelidad que conquistó, además de gran estimación, los muchos particulares privilegios que se le concedieron.

Alfonso el Sabio y Fernando IV, en los años 1256 al 1343, le dieron, entre otras gracias, el famoso «Fuero de Vitoria», en atención, decían, «a os muchos, gastos, muertos e grandes daños que recibieron e reciben cada día guardando mi señorío, e contendiendo con los de San Vicente e Laguardia, con quien comarcan».

Este fuero otorgado por el rey de Castilla Alfonso X y confirmado después por su hijo Sancho IV, admirablemente conservado en riquísimo pergamino, luciendo hermosos sellos de plomo y muy bien cuidado en este curiosísimo archivo municipal, fué destruido, con toda la interesante historia del pueblo, en los desgraciados sucesos de un diciembre famoso, que hicieron tristemente célebre el nombre de Briones.

II

Entre grandes privilegios que este Fuero de Vitoria concedía a todos los pobladores de la villa para que «fueran más ricos e se poblara bien», figuraban como los más importantes :

A las iglesias de Briones, «que él tenía por sus capillas», no podía exigir el Obispado más de la cuarta parte de los diezmos, «tomando las otras tres para sí los clérigos que las sirvieran».

A los moradores les autorizaba para coger cuantas maderas precisaran al hacer sus viviendas, así como leña necesaria a las cocinas, fuera de las dehesas de la villa,

por no ser conveniente, decía, «tomarlas dellas». Las heredades actuales patrimonio de estos vecinos «e las que en adelante puedan ganar e comprar, que las hayan libres de cargas».

El ganado de cualquier género podía pastar donde más le conviniera de estos alrededores, sin otra limitación «que tornar por las noches al término municipal». Obligación para el que fuera otorgado su señorío, «que tuviese la villa sin hacer fuerza en ninguna casa».

En los nombramientos de alcalde, que el señor dejara al elegido por el pueblo, «si era bueno e fiel, e si no era así, que le mandare mudar».

Ordenaban el mayor respeto para el régimen, riqueza, usos y costumbres del lugar, dejando hacer lo que fuera más conveniente para las tierras o propiedades, lo mismo que para su vida, «sin que sus faltas o extralimitaciones pudieran ser castigadas ni aun juzgadas por persona o autoridad que no fuera el alcalde de Briones».

Imponía únicamente duros castigos al que entrara en propiedad o casa ajena, quien matara a un hombre, faltara a una mujer o la mujer que hiriese a «varón casado».

Por último, a todos los vecinos de esta noble villa que tuviesen necesidad por cualquier causa de prestar juramento dentro del pueblo como en otro lugar del reino, «nadie podría exigirles hacerlo más que en la iglesia de San Mamés» (1).

Todos estos privilegios fueron confirmados por cuantos se sucedieron hasta el 1348, en que Alfonso XI, al donarla a su hijo D. Fernando le concedió además la exención del pago de portazgos.

En esta situación llegó al reinado de Enrique II de Castilla, en el que ocurrieron dos sucesos verdaderamente excepcionales para cualquier lugar: unas bodas reales y la firma de un importante Tratado histórico.

(*) En otro lugar nos ocupamos de esta iglesia y barrio.

III

Contadísimos pueblos podrán presumir como este mío de escenario de bodas de príncipes, estancia de reyes y testigo del lucidísimo cortejo que caminaba por estas calles empedradas hasta la iglesia, hace poco más de cinco siglos.

Una hija del rey de Castilla consagraba sus amores con el heredero de la corona de Navarra en esta parroquia el año 1373. Para que nadie dude de esté hecho, copio del cronista Sr. Yanguas :

«Don Enrique II de Castilla el Bastardo y el rey de Navarra tuvieron vistas en Briones, en cuya villa se concertó y celebró el matrimonio de D.^a Leonor, hija de D. Enrique, con Carlos III el Noble, hijo de Carlos II el Malo, rey de Navarra».

El alojamiento de los ilustres huéspedes debió de ser la casa propiedad hoy de las hijas de Quincoces, en la calle de Bergareche, ya que desde aquel acontecimiento se le llamaba Real, y así aparece en todos los antiguos documentos del pueblo hasta el siglo XVIII, que le pusieron de los Arias. Más tarde tomó el nombre de mi abuelo Francisco García Baquero, buen alcalde por lo visto en aquellos tiempos de rondallas y mozos fanfarrones, que al son de las bandurrias hicieron popular la famoso copla :

*Hasta por Madrid se sabe
que en Briones está lo bueno
desde casa de Marcial
a la calle de Baquero.*

Volvió a llamarse de la Reina hasta hace pocos años, que se dedicó al Conde de Albay, y por último a nuestro inolvidable maestro Bergareche.

Esta casa, con la fachada más bonita de cuantas hay en el pueblo, podrá tal vez no corresponder su estilo al

de aquellos tiempos; pero sin poderlo comprobar, la tradición la señala como la Casa Real, los documentos antiguos Real llaman a su calle y que fué alojamiento de Reyes lo escuché yo de los más ilustres viejos.

Carlos el Noble y su esposa, casados en Briones, se hallan enterrados en un magnífico sepulcro de alabastro con sus estatuas yacentes, obra maestra ejecutada en 1416, en el crucero de la catedral de Pamplona que reedificaron en su estado actual.

*

* *

Mucho debió de gustarles el lugar, cuando seis años después se reunían nuevamente los dos reyes para ultimar un Acuerdo de gran trascendencia, que como en el caso anterior copió de los historiadores:

«El 31 de marzo de 1379 se dieron cita en la villa de Briones el rey de Castilla Enrique II con su yerno Carlos III, para firmar un Tratado en virtud del cual se obligaba el de Navarra a ser en lo sucesivo enemigo de los ingleses, a quienes hasta entonces tanto había ayudado. Para responder de este compromiso exigió el de Castilla la entrega en rehenes de los castillos de Tudela, Estella, San Vicente, Viana, Lerín, Larraga y otros».

Este Convenio lo consigna y comenta el escritor señor Yanguas en su *Diccionario de Antigüedades de Navarra*, en un artículo correspondiente a Carlos III, calificándole de «trati» (poco decoroso).

Efectivamente, le sobra razón al célebre cronista para darle este calificativo, ya que el Pacto es francamente feo, aunque se firmara en Briones. La exigencia de esta fianza demuestra la poca confianza entre la familia o que no tenía por lo visto el pobre D. Carlos palabra de rey.

*

* *

Continuando con la sucesión de este señorío, D. Enri-

que II lo cedió a su hermano D. Sancho, donación confirmada por D. Juan I al heredarlo.

De éste pasó a su hija D.^a Leonor de Alburquerque, casada con el infante D. Fernando, después rey de Aragón, y por último al hijo de éste D. Juan II, rey de Navarra y más tarde de Aragón, que lo conservó hasta el 1445.

Cerca de dos siglos estuvo este señorío, como se ve, en manos reales, para dar lugar al salir de ellas a un ruidoso y largo pleito que vamos a relatar.

IV

El rey D. Juan vendió este señorío, el año 1445, al mariscal de Navarra D. Sancho Londoño; pero era por lo visto este soberano un poco olvidadizo, ya que poco después, por una escritura otorgada en la ciudad de Barcelona, devolvía al rey de Castilla, entre otras varias villas, esta de Briones.

El de Castilla, en virtud de esta compra, la donó a D. Pedro Girón, maestre de Calatrava, y «aquí se armó el lío». El mariscal de Navarra no se resignó, como era natural, alegando la venta hecha por D. Juan. El de Calatrava invocaba la cesión del rey de Castilla, y con tanta razón los Londoños como los Girones, entablaron un interminable pleito.

Mejor situado Girón, por vivir en Castilla, pudo asegurar más fácilmente sus derechos enviando aquí como gobernador a su primo D. Juan Tenorio, natural de Peñafiel, tan gran señor como excelente diplomático, que conquistó en seguida las simpatías de este vecindario.

Al hacerse cargo de la villa, hizo público el encargo de su pariente para procurar lo más conveniente a tan «principal lugar», así como tratar con la mayor consideración a sus moradores. Dió la orden de labrar el escudo de su casa sobre la puerta principal de entrada, dejando lugar preferente para las armas de la villa, y

todas estas delicadezas, unidas a su trato exquisito, dieron como resultado decidir al vecindario por su causa. Por otra parte, era aquí mucho más grata esta casa que la de Londoño, no por antipatía a éste, sino por estimar más a quien procedía de la determinación del rey. La mejor prueba de todo esto es la resolución tomada por el pueblo de mostrarse parte en la causa, sosteniendo la nulidad de toda enajenación y defendiendo la validez de la escritura de devolución firmada en Barcelona.

Para dar idea de lo largo del litigio, diremos que veinte años después no se había dado aún sentencia, teniendo que recurrir nuevamente Londoño al rey protestando de los Girones, dueños y señores del lugar.

El monarca le atendió, nombrando en 1467 un Tribunal especial compuesto por el obispo de Lugo, el doctor Barroso y el abad de Valladolid, quienes, bien estudiado el asunto, fallaron en contra del maestre de Calatrava, dando por enteró la razón al mariscal de Navarra. Ni esta sentencia se cumplió ni D. Juan Tenorio dejó de ser Gobernador de Briones.

No eran entonces muy buenas las relaciones del rey —Enrique IV— con el maestre de Calatrava, ya que por cédula librada en la ciudad de Medina del Campo el 15 de septiembre de ese año 1467, le dice «desleal a mi corona», así como el haber hecho «merced de esta villa injusta e non debidamente» pero es en verdad extraño, a pesar de este disgusto, el no cumplirse la sentencia de tan alto Tribunal, ni pasar el señorío a los Londoños, según aquél determinaba.

Indudablemente influyó mucho la actitud firme del pueblo, francamente al lado de los Girones; pero quien más debió de trabajar para que el fallo no se ejecutase fué D. Juan de Briones, natural de aquí, repostero mayor del rey, muy identificado con estos vecinos y en constante relación con ellos. El sabía de las simpatías de los Tenorios, de sus preocupaciones por mejorar y embellecer el lugar, de la actitud de rebeldía del pueblo donde había nacido, y sólo así se explica el haber dejado

pasar los años hasta la muerte del mariscal de Navarra.

En 1475, un hijo de Londoño, D. Sancho, volvió a la lucha recurriendo a los Reyes Católicos, suplicando se llevara a efecto lo estimado por cédula especial expedida el 25 de abril, pero no tuvo mejor suerte que su padre.

Al fin, un nieto de éste, D. Diego, transigió con el Conde de Ureña, hijo natural y heredero del maestro de Calatrava, y el año 1480 le vendía todos sus derechos, quedando con esto la casa de Girón en quieta y pacífica posesión de este pueblo y sus aldeas hasta su descendiente el Duque de Osuna, último señor de Briones.

V

Cuatro siglos ha lucido el escudo de la noble casa de Girón sobre una de la puertas de la villa que mira al Noroeste —paso obligado para el arrabal de Gimileo—, junto a las armas del pueblo, conservadas aún bastante bien grabadas en aquella vieja piedra. Un león y un castillo en un cuartel.

Al darse en 1818 por el Consejo de Hacienda sentencia de incorporación a la Corona, confirmada en 1837 por el Supremo Tribunal de Justicia, fué borrado el emblema de tan ilustre familia en cumplimiento de esta Ley constitucional que ordenaba la desaparición de todos los símbolos de feudalismo.

En el desaparecido archivo municipal figuraban admirablemente ordenados en grandes tomos, clasificados por años, las actas municipales, reclamaciones y cuantas resoluciones se adoptaron en problemas de todo género planteados durante este largo tiempo. Tuve ocasión de curiosear algo de lo ocurrido durante aquellos siglos tan interesante para mi pueblo, en esa Historia colocada en el último estante de la modesta librería. No sería justo cerrar el capítulo de señoríos sin esta pobre impresión mía.

En los primeros tiempos, fueron los Tenorios tan excelentes gobernadores, que hasta con su fortuna personal contribuyeron a todo lo mucho y bueno realizado en Briones. Don Rodrigo, hijo del primer enviado de Girón, ya fué fundador de una capilla, al construir nuestra magnífica iglesia.

Esta generosidad puesta de manifiesto en todas las ocasiones, además de sus afortunadas iniciativas, contribuyeron en primer lugar a la mejora y embellecimiento del lugar.

La afabilidad de su trato, como el cariño a todos los vecinos, mayor cuanto más pobres, queda bien demostrada en la actitud del pueblo, en todos los momentos a su lado. Puedo asegurar que aparte de sus prerrogativas y a pesar de los muchos personajes de entonces, eran los verdaderos señores del lugar. Emparentados después con principales familias de aquí y Montalvo, pasaron a ser una casa señora más de las muy distinguidas que vivían en este cerro riojano.

Su actuación en lo político no pudo ser más afortunada, gracias principalmente a su acierto para la designación de alcaldes. En algunas quejas por estos nombramientos, que jamás quedaron desatendidas, siempre demostraron su buen deseo de acierto, insistiendo en sus atentas réplicas la conveniencia, para mayor garantía de todos, de que el cargo recayese en persona principal.

Los únicos incidentes desagradables fueron suscitados en la mayor parte de los casos por diferencias entre los estados noble y general, siendo casi todos resueltos por mediación de árbitros. Sólo en uno, muy ruidoso, siendo procurador del estado noble el primer Marqués de San Nicolás, tuvo que intervenir el Duque de Osuna, quien personalmente resolvió la contienda de la manera más satisfactoria, demostrando su gran diplomacia.

Hasta en la última época de este ilustre prócer atendía todo lo relacionado con la vida del pueblo, contestando a muchas cartas la Duquesa por ausencia de su marido, redactadas todas en un tono muy cariñoso y se-

ñor, aparte las atenciones y estimación por cuanto tenía relación con la vida de Briones.

Apartados siempre de lo pequeño, recurriendo a personas imparciales cuando debían hacerlo, poniendo en juego si era necesario su gran trato, siguiendo para resoluciones o nombramientos indicaciones y consejos de los muchos personajes que vivían aquí, fué tan acertada su actuación, contribuyeron tanto a su engrandecimiento y demostraron tal cariño por sus cosas, que yo considero una verdadera suerte para mi pueblo el haberlos tenido por señores.

LA IGLESIA

ERIGIDA sobre las ruinas de la vieja, esta magnífica iglesia —tal vez la mejor de la diócesis— comenzó a construirse el 1515, bajo la dirección del célebre arquitecto D. Juan Martínez, natural de Fuenmayor.

Treinta años duraron las obras principales teniendo que salvar en muchas ocasiones grandes dificultades económicas, siendo una de las más apuradas la ocurrida en 1527, que obligó a D. Sebastián Romerino, comisario de la Santa Inquisición y notario apostólico a tomar a nombre del Patronato un censo para poderlas continuar, por no bastar las aportaciones de fundadores de capillas ni el de las muchísimas personas que donaban generosamente cuanto podían, a fin de evitar su interrupción.

De arquitectura gótica poco recargada, tiene tres hermosas naves —la del centro mayor—, y la esbeltez y armonía de sus columnas, de líneas irreprochables, ofrecen el mejor golpe de vista y cautivan a cuantos la visitan.

Lástima inspiran en ella algunas innovaciones de mal gusto, como ocurre con aquel empapelado «de pasillo» en el techo de la capilla donde me bautizaron, ocultando el arranque y las juntas de los valientes sillares que

sostienen al aire la monumental escalera de subida al coro.

Tampoco fué muy acertada la colocación del órgano, sobre, el arco, entre las dos columnas, quitando con ello vista al conjunto desde la entrada a la citada escalera y al último arco rebajado del coro, tan lleno de gracia como el de entrada y central, verdaderas maravillas del gran artista riojano.

Dicen de las capillas algunos cronistas que afean mucho la fábrica; pero si es así —a mí no me lo parece—, bien puede perdonarse en atención a la lindeza de algunas, además de conservarnos la memoria de hijos ilustres del pueblo, tan amantes como generosos, a los cuales vamos a recordar con mucho gusto al recorrerlas todas para hacer su historia.

EL RETABLO

ESTE grandioso retablo, según Govantes, Garrán y otros antiguos cronistas, fué construído a expensas de don Francisco López de Vicio, vicario general del Obispado de Calahorra, hijo ilustre de este pueblo y fundador de la capilla de la Presentación de Nuestra Señora.

También aseguraban ser obra meritísima del gran escultor Pedro Arbulo de Marguvete, eminente artista natural de Santo Domingo de la Calzada, autor de bastantes célebres tallas en esta provincia y que vivió los últimos años de su vida en este pueblo de Briones, donde tenía propiedades. Es verdad, aunque no lo consignan ellos, que murió en Briones, conforme lo compruebo al hacer historia de la referida capilla de la Presentación de Nuestra Señora.

Lo que fué confusión de Govantes es el atribuírle la obra del retablo mayor de nuestra iglesia, y por poco lo es también mía, ya que ante autoridades como la suya estaba dispuesto a incurrir en el mismo error.



Un gran amigo al que debo muchas atenciones, don Ruperto G. Segura, me advirtió un día ser nada menos que D. Pedro de Madrazo, quien desmentía esta afirmación, asegurando, por un documento encontrado en la iglesia de Fuenmayor, que aquel retablo, como el de Briones, algo anterior, era trabajo de los célebres artistas Juan Bascardo, Juan de Arizmendi y Juan de Iralzu, que los hicieron por el año 1630. Efectivamente, he tenido la suerte de encontrar en este archivo parroquial la demostración de esta verdad en su parte principal.

En unas cuentas de fábrica consignadas en un célebre pleito sostenido entre los señores diputados y administradores de esta iglesia contra el fiscal general del Obispado, sobre pedir o no licencia para hacer obras y demoler la torre en esta parroquia de Briones, figura el contrato con los maestros de escultura y arquitectura *don Juan Bascardo y D. Fernando de Murillas*, para construir este retablo en la cantidad de «ciento catorce mil ciento cuarenta y un mil reales vellón», aparte el dorado, que fué ejecutado por D. Francisco de la Barruena, cobrando «veintiséis mil trescientos reales, aparte seiscientos noventa y nueve por los andamios».

Es por consiguiente a Bascardo, Murillas y al dorador Barruena a quienes debemos este retablo, digno de nuestro magnífico y espacioso presbiterio, tan primorosamente vestido con las antiguas sillas, las lindas mesas y el aterciopelado sofá.

Sirviéndole de fondo hermosas figuras entre admirables columnas talladas por tan célebres artistas, la preciosa verja de su escalinata, las bonitas losas del suelo, todo del mejor gusto, sirven de complemento a su grandiosidad y belleza.

LAS CAPILLAS

I

LA primera de la derecha es la más antigua, y está dedicada a la Visitación de Nuestra Señora.

Sus capellanías se dotaron el año 1521, siendo su fundador D. Rodrigo Tenorio Rojas, protonotario apostólico y canónigo de la Santa Iglesia Primada de Toledo, hijo de D. Juan, primer gobernador de Briones por la casa Girón, y de D.^a Isabel de Rojas.

Crearon dos beneficios para sus parientes, nombrando patrono a su sobrino Juan, hijo de Pedro Tenorio y Beatriz Arista Zúñiga, noble señora descendiente de los Duques de Béjar y Plasencia, emparentados con la casa real de Navarra. Este D. Juan se casó con D.^a García de Mendoza y fué señor de Montalvo. De esta rama descienden los condes de este título, así como de su hermana doña Ana Tenorio Rojas Zúñiga varias casas principales de este pueblo, entre ellas los Villodas, Gadeas, Velunzas, Gobantes y Alvarez de Lasarte.

Cuando el fundador, D. Rodrigo, instituyó los beneficios, sometió a los capellanes a un Reglamento dado desde Toledo por testimonio de Hernán Pérez, notario y racionero de aquella Iglesia Primada. También una sobrina, llamada María Villodas, fundó otro beneficio, en 1615, por testimonio de Martín Castro, notario de Briones.

Cronistas de tan gran autoridad como Govantes y Garrán son de opinión que el arco de entrada a esta capilla debió de formar parte de la iglesia antigua. Como es natural, yo debiera callarme, como hacen los chicos cuando hablan personas mayores, pero a fuerza de mirarlo tantos días de mi vida, lo encuentro tan en armonía con la orla del altar, la ventana y cuanto hay dentro de ella, que con los respetos debidos, creo no es sólo el arco lo aprovechado, sino la mayor parte de la capilla, in-

cluso el retablo, que, según Madrazo, pertenece al siglo xv.

De la iglesia antigua nos queda como único recuerdo, en el hueco de la escalera del coro, una piedra partida y la pila bautismal, muchos años anteriores desde luego a cuanto hay en esta capilla; pero pudo ocurrir aprovechar lo mejor conservado y más moderno de aquélla. También, paseando la actual desde la fundación de Tenorio a las de Vieio, Perea y Castrejana, se observan variaciones de arte, muy naturales en los ciento treinta años transcurridos.

Me permito este pinito seguro de ser perdonado por tan excelentes personas como fueron cuantos cronistas se ocuparon de mi parroquia, así como me extraña no se haya ocupado ninguno del cuadro de San Miguel, obra, a mi entender, de Juan Fernández Navarrete, célebre pintor mudo nacido en Logroño el 1526.

Este artista, a quien su padre llevó a la hospedería del monasterio de la Estrella, donde aprendió a pintar de un religioso de aquel convento, llamado fray Vicente, al regresar de Italia para hacer los primorosos cuadros del Escorial por encargo de Felipe II, pidió permiso a éste para pasar una temporada en su país natal, por encontrarse enfermo. Durante su estancia aquí pintó, en 1569, dos hermosos cuadros con San Miguel y San Jerónimo, que regaló al citado monasterio de la Estrella o la Encina. Según todos los historiadores, estos cuadros estuvieron colocados en los colaterales de aquel altar mayor.

Al ocurrir su ruina, fueron trasladadas a esta iglesia muchas cosas de aquel monasterio, entre las que se conservan un tosco cuadro de la Virgen de la Encina, el Santo Cristo de marfil al que se atribuye el milagro de haber sostenido conversación con un religioso, y junto con esto se encuentra San Miguel y un San Jerónimo desaparecido hace tan pocos años que algunos viejos del pueblo recuerdan todavía. Esto demuestra, a mi juicio, que el existente es esa maravilla de la que dice Ceán en

su curioso *Diccionario* «tener la figura de arcángel más hermosa que se conoce en Castilla.»

En la actualidad es patrono de esta capilla mi gran amigo el excelente caballero José Luis Manso de Zúñiga, Conde de Hervias, descendiente de los fundadores.

II

La segunda capilla, dedicada a la Presentación de la Virgen María, fué fundada por D. Francisco López de Vicio, hijo de Lorenzo y María de Ollauri Caguirre, quien después de beneficiado de Briones y canónigo de Santo Domingo de la Calzada llegó a vicario general de la diócesis por el obispo D. Juan de Quiñones.

Instituyó para su servicio dos capellanías benéficas, demostrando tanto cariño por su pueblo que el altar primitivo de esta capilla lo encargó al gran artista *Pedro Arbulo de Marguete*.

Por esto tiene explicación el error de Govantes al atribuir a este célebre escultor el retablo mayor de la iglesia, lo mismo que le ocurrió a Garrán, por datos de don Máximo de Cura. Todos estaban en la idea de que en su generosidad, López de Vicio había encargado a tan genial artífice este magnífico complemento de la parroquia donde le bautizaron.

El contrato existente en este rico archivo parroquial y las cuentas de fábrica ponen en claro quiénes hicieron cada cosa. Bascardo y Murillas, el retablo mayor; el bonito altar a la derecha de esta capilla de Vicio, el gran Arbulo.

Gracias al que fué tan excelente amigo mío como culto y piadoso párroco, D. Eusebio Blanco, quien me proporcionó la partida de defunción, puedo asegurar a cuantos se preocupan por las obras y vida de este insigne artista, que su muerte ocurrió en 27 de agosto de 1608, según aparece en el libro primero de matrimonios y defunciones de esta parroquia, al folio 787.

En ella se hace constar su manda de doscientas cincuenta misas para decir en esta iglesia, doscientas en la de la Estrella, otras tantas en Labastida y cincuenta en la de San Asensio. Mandaba también vestir seis pobres y decirle un aniversario de cuatro ducados, cuyas cargas pesarían sobre la pieza de «La Cerrada», sita en el camino de San Asensio del barrio de Cuartango.

Continuando con la generosidad de su fundador, al morir éste dejó la mayor parte de su escasa fortuna para construir la sacristía, complemento de tan hermosa fábrica, y el encargo de traerlo aquí a enterrar.

En el centro de la capilla estuvo la lápida, sobre su sepultura, hasta hace muy pocos años, que al entarimarla fué llevada junto al confesonario, donde está olvidada en aquel rincón. En ella no aparece más que un escudo labrado, sin ninguna inscripción.

Además del altar principal, tiene uno de frente, en el que están representados la Virgen en su dolor y Jesús a sus pies, en dos esculturas de poco mérito, pero a las que el pueblo profesa gran devoción. Salen en la procesión del Viernes Santo en hombros de las autoridades.

En esta capilla guarda su pendón y ropas la antigua Santa Hermandad de la Vera Cruz, y de ella sale camino del Calvario la tradicional procesión de «la una», cantando el pueblo la Pasión y llevando entre sus filas, envueltos en sayones, a los «encapuchados», seguidos del «Vía Crucis» y de la monumental «Cruz Hueca», mientras esperando su vuelta, cogidas a las verjas donde lloraron nuestras madres, dejan caer sus lágrimas las mujeres que se arrodillan en estos días, llenas de penas, a los pies de la Dolorosa.

III

La primera capilla de la nave izquierda, conocida por el Sagrario, la fundó el Ilmo fray Pedro de Perea Rome-rino, hijo de Francisco y Catalina, nacido en Briones el mes de febrero de 1565.

Agustino en el convento de Burgos, profesó en manos del prior y maestro fray Francisco de Carrión, brillando tanto en esta Orden, que llegó a puestos tan altos como el de calificador del Santo Oficio y asistente de su general. Por este cargo de adjunto, consultor o socio, que ha de vivir a su lado para el despacho, tuvo su residencia en Roma hasta el 4 de septiembre de 1617, en que fué preconizado obispo de Arequipa, ciudad situada en el Perú, fundada por el ínclito Francisco Pizarro en 1540 y cuya catedral fué erigida en 1616 por el Papa Paulo V a instancias del rey Felipe III.

El primer obispo nombrado para ella, Ilmo. Sr. fray Cristóbal Rodríguez, dominico y arzobispo de Santo Domingo, no pudo disfrutarla, porque al dirigirse a tomar posesión murió en el camino, a once leguas solamente de Arequipa, en la ciudad de Camaná.

Por esta triste circunstancia fué nombrado en su lugar Perea para ser el primer obispo de aquella diócesis. Doce años ocupó la silla, muriendo en la ciudad de Lima el 1632. Tres antes, en 1629, había editado una obra muy notable con el título de *Certeza de la Pureza de la Virgen en su Concepción*.

Tomás de Herrera se ocupa de él en su *Alfabeto agustiniano*, así como en la *Historia del Convento de Salamanca*, en su capítulo XX. También Nicolás Antonio le dedica lugar preferente en su *Biblioteca Nova*.

La fundación de esta capilla está testimoniada en la ciudad de Arequipa el 6 de septiembre de 1628, por el escribano D. Gaspar López; su aceptación en Briones por Cabildo, Patronos y Ayuntamiento tiene la fecha de 19 de diciembre de 1630, ante D. Alonso de Arévalo, notario apostólico.

Frente a su entrada, en actitud de orar, aparece la estatua del insigne obispo, con vestiduras pontificales, sobre su sepulcro de honor; es de madera bien tallada.

En la parte superior, grabado en piedra oscura, dice :

ESTA CAPILLA DEL ILMº SR D PEDRO DE PEREA
OBISPO QUE FUE DE AREQUIPA DEL CONSEJO
DE S M ETCETERA HICIERONLA FABRICAR LOS
SRES ANDRES ORTIZ DE ESCALONA Y Dª MARIA
DE PEREA SOBRINA DEL SR OBISPO PRIMEROS
PATRONES DELLA PARA ENTIERRO DE SUS PA-
DRES, PARIENTES Y CAPELLANES.

A cada lado de esta inscripción hay otras dos del mis-
mo estilo, en las que se hacen constar las siguientes obras
pías y mandas religiosas :

500 DUCADOS PARA REPARTIR EL DIA DE LAS
ANIMAS ENTRE LOS POBRES DE BRIONES SEGUN
SUS NECESIDADES, CINCO AL QUE MENOS Y
DIEZ AL QUE MAS.

300 DUCADOS PARA QUE UNO DE SUS CAPELLA-
NES DE LECCION DE GRAMATICA LATINA A LOS
NIÑOS POBRES DEL PUEBLO, PROCURANDO LOS
PATRONOS SI NINGUNO DE LOS CAPELLANES
FUESE APTO BUSCAR QUIEN LA DE POR ESA
CANTIDAD.

100 DUCADOS PARA DOS ESTUDIANTES POBRES
QUE QUIERAN IR A LAS UNIVERSIDADES DE SA-
LAMANCA O ALCALA.

100 DUCADOS PARA DOTAR UNA HUERFANA
POBRE PARIENTA, O EN SU FALTA DOS NATU-
RALES DE ESTA VILLA.

1000 DUCADOS PARA COMPRAR OTRAS TANTAS
FANEAS DE TRIGO CONSTITUYENDO CON ELLAS
EL «ARCA DE BENEFICENCIA O MISERICORDIA».
SE DESTINARAN A PRESTAR PARA SEMBRAR A
TODOS LOS LABRADORES POBRES, SIN MAS OBLI-
GACION QUE DEVOLVERLO EN LA RECOLECCION.

Estas obras se cumplían, realizándose los préstamos con gran resultado, hasta que con la Ley desamortizadora de Carlos III desaparecieron estas instituciones benéficas.

Instituyó tres beneficios además, para cuyas atenciones remitió cuarenta mil pesos de ocho reales.

Nombró Perea como patronos de esta admirable y generosa manda de tantas y tan variadas caridades al reverendo cura decano, al alcalde del pueblo y al pariente más próximo con residencia en la villa.

Pareciéndole aún poco para el pueblo donde había nacido y al que tanto demostró querer, redimió por su cuenta una multitud de censos que tenía el Ayuntamiento.

Justo es, al alabar como se merece tanta generosidad, bendecir la memoria de aquel obispo hijo ilustre de Briones.

VI

La tercera capilla de la misma nave, de la Purísima Concepción, es fundación de los hermanos Pedro y Martín de Hircio, naturales e hijosdalgos de esta villa, según lo acreditan sus ejecutorias.

Fueron sus padres Pedro Sáenz de Hircio, alcaide de la fortaleza de San Vicente de la Sonsierra, y Juana Jiménez de Ribaflecha; su abuelo Pedro Sáenz de Hircio, alcalde ordinario de Briones, estuvo casado con María González de Herrera; sus bisabuelos Hernán Jiménez y Teresa Martínez descendían de Rodrigo y Pedro Jiménez de Cabredo, fundadores de la iglesia de la Madre de Dios, de Nájera.

Tuvieron tres hermanas, llamadas María, Juana y Francisca.

Estos hijos ilustres de Briones fueron compañeros de Hernán Cortés en la célebre expedición para la conquista de Méjico, estando por consiguiente representa-

do este pueblo en aquella jornada gloriosa, página bellísima de nuestra historia.

El Sr. Pozuela, en la *Historia de la isla de Cuba*, pone los nombres de estos hermanos en la lista de los que fueron en aquella expedición, figurando además uno de ellos, D. Pedro, como primer gobernador y justicia mayor nombrado para la ciudad de México después de ganada para España.

A varias cartas suyas se debió la prisión de Moctezuma, según se consigna en los autos de un pleito sostenido en Briones y Santo Domingo de la Calzada en los últimos años del siglo XVI sobre derechos a esta capilla.

Don Martín estuvo casado con D.^a María de Mendoza, hija del Conde de la Tendilla, con la que tuvo dos hijas. La mayor, llamada como su madre, casada con D. Luis de Velasco, gobernador de Méjico y del Perú, y doña Leonor, mujer de D. Carlos de Arellano, mariscal de Borobia.

Los que principalmente contribuyeron a su construcción fueron D. Martín y su señora, según una inscripción que hay en ella:

ESTA CAPILLA ES DE LOS ILVSTRES S. S. NIN
DIRCIO CRISTAD D LA NVEVA ESPAÑA Y D SV
MVGER DNA MARIA MENDOZA HIJA DL CDDE DI
VILLA. • ACABOSE AÑO D 1568.

Los Hircios proyectaron cosa más grandiosa para su parroquia utilizando parte de la plaza, y así lo solicitaron del Ayuntamiento; pero éste, con muy buen acuerdo, desestimó la petición muy cortesmente, fundándose en que esta plaza principal del pueblo perdía con ello toda su hermosura.

Por este inconveniente quedó reducida al hueco de un pequeño saliente, a pesar de lo cual resulta, a mi pobre juicio, la más bonita de todas. Tal vez sea por parecerme ver allí todavía a mi madre; pero escondida

en aquella nave es, a mi vista, una preciosa joya que dejó olvidada una gran señora debajo del arco.

Con el sitio justo para un altar a la izquierda, ocupa todo el frente la estatua de D. Martín, arrodillado en un cojín, vestido con armadura y arco tabardo forrado con pieles; el paje guardándole el casco, y un perro a su lado. Arriba, en relieve, la Resurrección de Cristo, hecho todo con el mayor gusto, admirablemente tallado en piedra blanca.

Es sepulcro de honor, porque en los documentos de un pleito seguido al fallecimiento de los fundadores no se dice estuvieran sepultados en él.

Para complemento de esta bella capilla, luce en su altar, como única imagen, una Purísima preciosa, la mejor escultura indudablemente de la iglesia, obra tal vez del ilustre hijo del pueblo y famoso escultor D. Juan Alvarado.

Este gran artista nació poco antes de terminar su construcción, el 1566; pero yo he visto en algún documento que dejó una obra suya para la parroquia. Pudo muy bien terminarse la fábrica y años después levantarse este altar maravilloso. Tal vez en este elogio al rinconcito de la iglesia influya el cariño que le tengo, por haber sido siempre el refugio de mi pobre vieja.

Son descendientes de estos fundadores las distinguidas familias de Paternina, Groizard y Orovio, tan relacionadas en toda la Rioja.

V

La capilla más moderna y grandiosa es sin duda la situada debajo del coro. Su construcción está fuera de la iglesia, aunque adosada a ella.

Fué su fundador D. Juan Castrejana de las Cuevas, contador de la Santa Inquisición de Toledo, nacido aquí el 1620, que la dedicó al Santo Cristo de los Remedios.

Al terminar las obras en 1650 instituyó en ella cuatro capellanías mere legas y dos colativas, ordenando se re-

partieran en las quince principales festividades una fanega de pan a los pobres.

Este ilustre fundador reedificó gran parte del Hospital municipal, añadiéndole una sala y legando mil ducados para con sus intereses sostener seis camas.

Dejó dos mandas de cien ducados anuales para dotar una huérfana y costear la licenciatura en cualquier Universidad a un pariente suyo pobre o a uno natural de Briones.

En su testamento, hecho en esta villa ante el escribano D. Nicolás Azandoi el 21 de septiembre de 1681, disponía decir mil quinientas misas, aplicándolas por él y sus padres, y que su entierro se le hiciese de pobre. Murió a los dos días, el 23, enterrándosele, conforme a su deseo, en su capilla, en cuyo sepulcro de mármol aparece su estatua con manto, arrodillado en actitud de orar, primorosamente tallada.

Pasó el patronato a su sobrino D. Jerónimo de las Cuevas, beneficiado de esta iglesia, del que hablamos al hacer historia de la actual ermita al Santo Cristo.

En la cripta descansan los restos de D.^a Juana García Baquero y Viana, trasladados desde Zaragoza por su marido, Excmo. Sr. D. Joaquín Moscoso del Prado, descendiente del fundador, que figura entre los hijos ilustres.

En la actualidad ejerce el patronato D. José María Moscoso Martínez.

LA SACRISTIA

COMPLEMENTO de esta magnífica iglesia, comenzó su construcción, por el año 1640, gracias a una manda del licenciado Vicio, vicario general del Obispado de Calahorra, ayudado por los administradores de la parroquia.

Según las cuentas de fábrica, se pagaron las obras de cantería al maestro Pedro de la Puente, importantes

ciento dieciocho mil novecientos noventa reales vellón.

Pasaron muchos años hasta su decorado y complemento, realizado casi todo gracias a la generosidad de aquellos tiempos, ya que en las cuentas de fábrica, aparte la consignada, sólo aparecen mil cuarenta y nueve reales, importe de la puerta, y novecientos, para terminar los cajones.

Por cuenta de D. Fernando Bergado se ejecutaron los relieves y pinturas, cuyas labores fueron realizadas por el célebre artista de Burgos Juan Gallardo en veinte mil trescientos cincuenta reales.

Don Manuel Marín contribuyó a las obras del dorado en 1690, y así se fué realizando todo a medida que llegaban las donaciones.

Otro tanto podemos afirmar en cuanto a los objetos de valor y gusto que hay en ella. El beneficiado Bergado dejó al morir alhajas por valor de sesenta mil reales. Don Pedro Verberana Apimegui, alcaide de Briones, regaló las dos láminas de plata con otros dos espejos tan admirados por cuantos nos visitan. Don Pedro Gadea empleó trece mil trescientos ochenta y dos reales en seis candelabros y una hermosa cruz. Don Lino Sisniega, trece mil novecientos setenta y cinco en dos ciriales de plata, además de doce albas y una reliquia de San Lorenzo con su viril de plata. Don Melchor Peñafiel, entre otras muchas cosas, un incensario con su naveta. Así podríamos continuar hasta hacer interminable esta lista.

Algunas de estas donaciones se consignaron en testamentos y codicilos, como el otorgado por el Sr. Verberana en 7 de septiembre de 1652 ante el notario de Madrid Pedro Morales, sirviendo todo esto para poner de manifiesto la generosidad, religiosidad y cariño a las cosas del pueblo de los hijos de Briones.

La fábrica también gastó mucho, pero la mayor parte fué empleado en ropas. Así encuentro en sus cuentas muchas partidas, desde el año 1600 al 1750, hasta de doce mil reales algunas, para compra de damascos, sedas, galones, forros y hechuras, que sumadas represen-

tarían una verdadera fortuna, aparte las facturas pagadas a famosos bordadores, entre los que figuran Cristóbal de Aldazábal y Pedro del Bosque con diferentes facturas, algunas hasta de setenta mil novecientos cincuenta reales, por bordar diferentes ornamentos.

El servicio en esta nueva sacristía no comenzó hasta después de 1700, habiéndose utilizado durante siglo y medio la pequenísima que hay en la capilla del Sagrario, impropia de tan suntuosa fábrica.

EL CORO

LA bonita sillería alta y baja del coro, de tan magníficos relieves como delicada talla, es obra de un hijo del pueblo. Se labró al comenzar el siglo XVIII por don Juan Ortega Caballero, artista notable, que según su partida de defunción murió cristianamente en Briones el 4 de abril de 1732.

Según las cuentas de fábrica, se le pagó con quince mil novecientos reales y ocho mil dados a José Villanueva por las obras realizadas para su colocación, además de mil ciento sesenta y nueve por suministro de yeso y construcción de tabiques.

EL ORGANO

POR el año 1650, terminado el arco de sillería para su colocación, se adjudicó a D. Francisco de la Plaza, organero vecino de Vitoria, en el precio de mil ducados, inaugurándose con gran solemnidad y ejecutando para su prueba admirables obras el gran músico fray Pedro de Arcaute, religioso de la Orden de San Francisco.

Unos años después se pagaron cuatrocientos veinte reales a un organero de Treviana por agregar dos trompetas; más tarde, tres mil cuatrocientos quince a D. Diego

de Orio, por añadirle registros, y por último, en 1730, se encargó a D. Juan Francisco de Toledo ampliarlo para su complemento, cobrando por esta reforma seis mil doscientos ochenta y dos reales. El dorado lo realizó Francisco de la Barruena, por ochocientos, y la pintura, José Voriles, por seiscientos quince.

LA TORRE

ESTA magnífica torre, a la que nadie dejó de contribuir, se comenzó a mediados del siglo XVIII por los administradores de esta iglesia, y así aparece en las cuentas de fábrica el año 1750 una partida de cuatro mil setecientos reales al maestro Ignacio de Elejalde para construir la parte baja de dicha torre (*)

En estos trabajos surgió un pleito entre estos administradores y el fiscal general del Obispado, sobre pedir o no licencia para las obras, por estimar este juez fuera de sus atribuciones a los que disponían de los caudales de la fábrica como si fueran propios, sin la menor atención al obispo su señor, y gravándola con crecidas deudas imposibles de soportar.

Alegaron los de aquí, representados por D. Millán Carpinuevo Ibarra, poder realizar ésta y otras obras convenientes a la iglesia sin necesidad de licencia ni incurrir en pena de excomunión, según sentencia dada en abril del año anterior por D. Diego de Barrón, maestro escuela y canónigo de la Insigne Colegial de la ciudad de Logroño, como juez apostólico sinodal. Pedían entre tanto se fallara este nuevo incidente, se librara un despacho conducente a cubrir las obras comenzadas en la torre del mejor modo, por estar descubierta y acercarse el invierno, en que no se logra la ligazón, introduciéndose las aguas y nieves, con gran perjuicio para la fábrica de la iglesia.

(*) Es el mismo artista que hizo la ermita del Cristo.

Este pleito fué ganado por los administradores; pero mientras duró, las obras continuaron, tomando parte todo el pueblo con veredas o jornales, el Ayuntamiento con sus recursos y las principales familias con donaciones de relativa importancia, la mayor de doce mil reales, del primer Marqués de San Nicolás.

Por esto considero yo la torre como hija del entusiasmo y unidad de mi pueblo. La mejor demostración de esta verdad consta en un acta municipal de la que yo puedo dar fe. Tuve necesidad de leerla en mi paso por la Alcaldía, ante una reclamación de bastantes miles de pesetas, y ella dice más que yo de las virtudes de aquellos tiempos.

Estaban a punto de terminar las obras, pero faltaban muchos detalles: se debían jornales y materiales, aparecía desnudo el campanario, no se podían colocar balcones. Se necesitaba mucho dinero, y no se encontraba por el lugar.

Reunido el Ayuntamiento con los regidores de Cuartango y Gimileo, fueron llamados representantes de primeros contribuyentes, labradores y jornaleros, para exponerles esta crítica situación, consiguiéndose que unos señores de fuera ofrecieran la suma necesaria para terminar las obras, con la condición de ser responsables del préstamo los particulares. Además de no querer nada con la Corporación, exigían la hipoteca de fincas tasadas a la mitad de su precio, aparte otras condiciones durísimas; pero ninguna fueron objeto de discusión. Era preciso a todo trance colocar en lo alto de la veleta el signo de la cruz, ver asomados a los balcones mozos que voltearan las campanas, oír repiquetear las esquilas llamando a vísperas o el badajo grave cuando tocara a muerto, quitar los andamios para contemplarla en toda su hermosura. Todo lo demás no tenía importancia para aquella generación.

En el mismo día se pusieron a disposición del prestamista muchas más fincas de las precisas, que quedaron reseñadas para formalizar el documento, y pudo ter-

mirarse esta filigrana, que a fuerza de mirarla todos los días, no se sacia uno de ver.

De esta manera sentían, emprendían y realizaban obras que son orgullo de los pueblos aquellos hombres tan distintos de nosotros. Vivieron con todas las naturales rivalidades, tenían sus luchas, les separaba diferencias sociales y hasta distintos estados; pero al llegar la ocasión de hacer un bien general y engrandecer su pueblo, lo olvidaban todo, para ponerse al lado de las buenas causas. Nobles y pecheros hacían alarde de generosidad, cumpliendo sus compromisos como verdaderos señores.

Aparte el asiento realizado por el maestro Elejalde hasta la altura del tejado, la torre fué construída por los hermanos Beratúa, que también hicieron, entre otras, la de Santo Domingo de la Calzada y las gemelas de la Redonda, en Logroño.

No he podido averiguar dónde estuvo emplazada la antigua; pero en las cuentas de fábrica hay una partida correspondiente a un contrato hecho el 7 de abril de 1567 con Juan Pérez de Solarte, maestro de cantería, para construir en ella un chapitel, cerrar las cuatro ventanas del ochavo de la esquina viva y hacer otras cuatro en lo alto de dicho ochavo, para poner en ellas las campanas.

Estos trabajos había de pagarlos la iglesia a su terminación según tasación de peritos, que la estimaron en doscientos veintinueve mil setecientos ochenta y dos maravedises.

Sin otro dato y a pesar de que en el pleito de que hablamos se hace constar su demolición, sin decir exactamente su emplazamiento, se deduce que sus cimientos sirvieron para la actual.

*

* *

Por curiosidad y como complemento de la historia de nuestro templo, entre otros detalles, uno de los principales maestros canteros fué Cristóbal de Bascarán, que

realizó por contrata el arco de sillería para sostener el órgano, por dos mil quinientos nueve reales; pavimentó el suelo de la iglesia, cobrando diez mil ochenta y nueve, haciendo además el canal de piedra sobre parte del tejado y la espadaña de sillería para cubrir la sacristía.

La puerta principal fué construída por Agustín de Azcárraga, que cobró mil ochocientos veintinueve reales y una puerta vieja.

Los dos retablos colaterales al altar mayor fueron dorados y pintadas las paredes por José Bravo y Fernando Sagredo, por veintinueve mil doscientos diecisiete.

El empedrado del patio no se realizó hasta después del 1760, y costó mil cien.

En muchos años sólo tuvo un púlpito, que costó mil seiscientos ocho. El otro y los dos guardavoces fueron regalados por D. José Joaquín Arias y Govantes, que también hizo por su cuenta el cancel de la puerta.

Las últimas obras realizadas en 1760 fueron la recomposición de vidrieras, algunos dorados en la sacristía, y dos losas de piedra negra bajo las pilas del agua bendita, ocultas hoy por el entarimado.

LO QUE FUE ESTA IGLESIA

EN el último estado tenía esta parroquia «veintiocho clérigos», divididos así: quince beneficiados, once capellanes, cura párroco y teniente cura.

Los beneficiados se titulaban «beneficiados del rey», cubriéndose los beneficios por beneficiados de ración entera, en patrimoniales de la villa que hubieran sido aprobados por los examinadores sinodales.

Hace unos veinte años este hermosísimo templo estuvo a punto de hundirse por un movimiento de la fábrica en su parte Norte, considerándose tan peligroso, que se acordó cerrarla para el culto.

Seguramente no podríamos enseñar a nadie lo que es nuestro orgullo sin el interés y gran cariño por su repa-

ración de muchas personas a quienes debemos gratitud, ocupando primer lugar el entonces diputado D. Miguel Villanueva, que consiguió del Estado una subvención de sesenta mil pesetas para el apeo de la nave en toda la parte del coro, así como la reconstrucción del muro, obras muy bien ejecutadas por una casa de Zaragoza.

Agradecido el pueblo a éste y otros favores recibidos, le dedicó una calle, de la que se borró su nombre, tirando la placa al suelo, sin que nadie se explique el por qué.

Gracias a esa generosidad puesta de manifiesto por los hijos del pueblo en tanta ocasión y a la preocupación de sus administradores, siempre tuvo esta iglesia, como la ermita del Santo Cristo, muchas ropas y alhajas del mejor gusto. Entre las que quedan, han merecido algunas el honor de figurar en exposiciones nacionales, haciendo en ellas el mejor papel, y tendríamos otras de gran valor, desaparecidas al entrar en este pueblo los franceses el 30 de noviembre de 1807, por no haberse podido ocultar a la codicia de aquellas tropas que tan malos recuerdos dejaron en España.

LAS ERMITAS

I

GRACIAS a una descortesía, hermosea la parte alta del pueblo una preciosa ermita, dedicada al Santo Cristo de los Remedios.

La imagen por quien Briones sintió en todos los tiempos tantísima devoción residía en la capilla fundada por D. Juan Castrejana de las Cuevas, siendo costumbre al llegar las dos procesiones del año pedir permiso al patrono antes de sacarla de su nicho.

El año 1737, para cumplir esta formalidad acudió con la mayor solemnidad una representación del Ayuntamiento a la casa de D. Jerónimo de las Cuevas, sobrino

del fundador, beneficiado de esta iglesia y patrono de la capilla. Este señor los recibió sentado, permaneciendo así durante la visita.

Ofendidos los regidores por tal incorrección, dieron inmediata cuenta a la Corporación, que consideró la afrenta como hecha al pueblo. Indignado éste, sacó aquella misma tarde al Santo Cristo de la capilla, colocándolo provisionalmente en el altar de San Ramón, donde un grupo de señoras principales, perdiendo toda la noche, le improvisaron un digno trono, bajo magnífico dosel.

Existía entonces una pobre ermita, dedicada a San Juan Bautista, en completa ruina, y en ella se fijó el pueblo enardecido aquella tarde. Al día siguiente se tomaba el acuerdo de levantar sobre sus cimientos la actual, comenzando inmediatamente las gestiones, para una semana después encargar su construcción al célebre maestro Ignacio Elejalde, en la cantidad de ciento sesenta mil reales. Diez años duraron las obras, creándose para pagarlas un impuesto de maravedí por cántara de vino, aparte una suscripción a la que todo el pueblo respondió generosamente.

Entretanto, la imagen se veneraba en el improvisado trono, hasta que terminadas las obras, se trajo la actual escultura, tallada en una casa de Vitoria, devolviéndose con la mayor solemnidad a la capilla de Castrejana el Santo Cristo sacado de allí diez años antes por una Corporación ofendida y un pueblo que le adoraba.

La inauguración tuvo lugar el 16 de enero de 1748, siendo, aunque parezca exagerado, una verdad consignada en documentos ya desaparecidos que tuve en mis manos y confirmada por Garrán, tan concurridísimas las solemnes fiestas celebradas durante tres días, hasta el punto de acostarse muchos hombres a campo raso, a pesar del gran frío de aquel duro invierno.

A nadie debe parecerle exageración, teniendo en cuenta la devoción de Briones y todos los pueblos comarcanos al tradicional Santo Cristo de los Remedios. Es cosa sólo comprensible para los que sin vivir aquellos tiem-

pos, los hemos visto reflejados en viejos textos que no ofrecen duda.

Pronto se vió esta ermita tan asistida de fieles como llena de regalos, desde tres primorosas efigies costeadas por el primer Marqués de San Nicolás hasta los candeleros, lámparas, cálices y objetos de gran valor enviados desde Méjico por el acaudalado D. Andrés de Ibarra, pasando por los muchos vecinos que llenos de fe llevaban cuanto podían a la capillita de su patrón.

Hace muy pocos años se entarimó por cuenta del buen hijo del pueblo Manuel Vélez, residente en Santiago de Chile, y al publicarse este libro están a punto de terminar importantes obras de conservación, ampliación de la sacristía, instalación eléctrica, nueva cripta y reparo general, por el párroco, doctor D. Luis Alonso Valmaseda, que con tanto acierto dirige la vida espiritual de Briones. Tiene, además de otras buenísimas cualidades, la difícilísima de saber pedir, y con ella triunfa en todo.

Algunos consideran milagro este incesante trajinar de D. Luis, metido siempre en obras en un lugar arruinado. Yo, no, por saber algo del corazón de mi pueblo, dormido de tanta agitación en los últimos años, pero sin perder completamente tanto amor y tanta fe heredada. Terminará la ermita, arreglará las de extramuros, quitará las goteras de la iglesia, lo remozará todo, seguirá adelante saltando sobre los tacaños, porque está seguro de la generosidad de los pobres y tiene la ayuda de Dios. ¡Que El se lo pague!

II

Esparcidas por toda la jurisdicción hay otras ermitas en bastante buen estado, gracias a su sólida construcción, pero necesitados de arreglo sus tejados.

La más importante, dedicada a la Purísima Concepción, está situada a cuatro kilómetros al pie de la carretera a Valpierre, en pleno campo y dentro del término municipal.

Sus fiestas, desde el segundo día de Pascua de Pentecostés, tuvieron gran importancia hasta hace muy pocos años, celebrándose en ella la misa parroquial, en la que se leían proclamas, con asistencia de autoridades, así como representaciones de Rodezno, Ollauri y Gimileo, que eran sus aldeas o agregados.

En las primeras horas de la mañana salía una lucida procesión, formando en sus filas la mayor parte del vecindario, considerándose una obligación la asistencia de una persona por lo menos de cada familia. Servían de escolta mozos a caballo o en burros y carros adornados con follaje, dando carácter de romería a la fiesta. Celebrada la misa, eran bendecidos los campos en las cuatro direcciones, retirándose autoridades, clero y Cofradía para almorzar juntos en el piso de la ermita, mientras los demás tendían blancos manteles a la sombra de las cepas o por las cunetas de la carretera, dando cuenta cada cuadrilla de las riquísimas tortillas y los buenos cuartos de asado, todo bien remojado con el tinto de las botas.

A las once en punto había de llegar la procesión a la plazuela del barrio de Gimileo, donde esperaban el resto de autoridades, clero con la cruz alzada, banda municipal y los que no habían podido asistir, para unirse, acompañándola hasta la iglesia, terminando con esto la parte religiosa.

La animación de las horas siguientes era extraordinaria en el vistoso desfile de tanto carro adornado, jinetes con mozas a la grupa, cuadrillas precedidas de rondallas, entre volteo de campanas, rasgar de guitarras y cantos de jota.

A continuación se celebraban unas típicas carreras de caballos, a cuya terminación, en demostración de su destreza, trotaban algunos por sitios tan expuestos como las losas que sirven de asiento en las murallas de las «Cua-renta».

La fiesta hasta aquí no podía ser más simpática, pero al trasladarse el bullicio a la plaza comenzaban a for-

marse los célebres «castillos» —más insultadores cuanto más corría el vino—, dando lugar en muchas ocasiones a lamentables incidentes.

Hoy, sin tanta animación, se conservan todavía algunas buenas costumbres, no faltando la procesión presidida por las autoridades, esperando su vuelta al pueblo en la plazuela de siempre, acompañada de carros cubiertos de follaje o carrozas adornadas con gusto y llenas de buenas mozas; lo suficiente para hacer recobrar a la fiesta la animación de aquellos años, sin temor además al menor incidente.

Afortunadamente para todos, se han terminado los «guapos», para ser reemplazados por una juventud bastante educada. Sería hermoso ver resucitar por ella muchas tradiciones, volviendo a las alegres rondallas, a la guitarra y bandurria, a cantar la jota bajo la ventana de alguna novia en las noches estrelladas del invierno y despertarnos al paso de las célebres cuadrillas cuando amanece el día de San Juan, o la víspera de esta típica y bullanguera fiesta de la Purísima Concepción. Según antiguos cronistas, en algún tiempo fué un poblado de pocos habitantes.

III

Muy cerca del pueblo, en pleno regadío, escondida en verano por las ramas de los frutales que sirven de linde a las hermosas huertas que la rodean, se alza la ermita de Santa Lucía, cuyas fiestas tienen lugar el 6 de julio.

Al amanecer de ese día, mucho antes de celebrarse la misa, estaban ya instalados hace bien pocos años los puestos de churros en improvisadas tiendas cubiertas por toldos, y ocupaban todo el camino mesas de pino llenas de caramelos de malvavisco o ricas almendras pintadas de muchísimos colores que los ambulantes ofrecían en venta o invitando a rifas que hacían con unas mugrientas barajas. Los mozos, afanosos andaban bajo los ciruelos cortando ramas y haciendo gavillas para cercar sus

bailes, mientras los cofrades llevaban de las asas grandes cestas para preparar el almuerzo, y en las chozas lucían luminarias, haciendo todo recordar las alegres sanjuanadas.

Esta animación crecía, hasta ser extraordinaria al atardecer, en que aparecía invadido completamente todo el valle, y nada tenía dueño en aquellas horas de las meriendas, en un ambiente verdaderamente encantador.

Entretanto, dentro de la ermita rezaban los llegados de todas partes para encontrar remedio a su vista enferma, ofreciendo velas arrodillados con toda su fe a los pies de la milagrosa Santa.

Así transcurría la fiesta, hasta el día 8 al atardecer, que volvía en andas Santa Lucía a la iglesia, seguida de todo el pueblo, que se disputaba llevarla en hombros, entonando la Letanía, iluminando con sus hachas encendidas el bonito camino del valle y las empinadas cuestas de la villa.

Alteradas las costumbres, echando de menos muchas cosas de entonces, desanimadas y durando sólo un día, aún quedan algunos cofrades y se celebra la misa, contribuyendo como siempre a la fiesta lo hermoso que suele estar en el mes de julio nuestro rico regadio.

IV

A dos kilómetros de la villa, en la falda Sur del cerro de Mendiguerra, hay otra, dedicada a los Mártires, en el centro de una campa muy espaciosa de bellísimas vistas.

En este lugar encantador se celebraba la fiesta el 31 de agosto, animadísima antiguamente, por trasladarse allí la mayor parte del pueblo, aprovechando el magnífico tiempo que suele acompañar a esta época del año y estar ya maduros, en veranos normales, los racimos de las hermosas viñas que cubrían aquellos alrededores.

Hoy pasa casi desapercibido este día, causando ver-

dadera pena llegue a desaparecer la costumbre de visitarla en tiempo tan hermoso y con un escenario tan bonito.

V

En la desembocadura del río Molinar al Ebro, a la falda del alto en que se asienta el pueblo, se alza la magnífica de San Andrés, que tiene categoría de basilica, rodeada de las más ricas huertas.

Edificio de sillería, muy espaciosa, con un precioso retablo y su bonito suelo empedrado, muchos lugares quisieran tenerla por parroquia.

A pesar de esta suntuosidad y situación, no fué su fiesta nunca muy bullanguera. Sólo se dice en ella una misa el día que la Iglesia celebra su rogativa, muy asistida de fieles en algún tiempo, siendo tradicional a su terminación saborear las ricas tortillas de patatas en alguna de las cuidadas heredades de sus alrededores, al borde del camino o en las orillas del río.

VI

En el monte Calvario, cerca del huerto donde termina el «Vía Crucis» cuando llega la bonita procesión del Viernes Santo, está la dedicada a San Bartolomé, muy hermosa también; pero lo mismo que en la de San Andrés, no hay otra fiesta en ella que la rogativa de la Iglesia una vez al año.

VII

Quedan sólo las ruinas de otra situada en la mojonera que separa esta jurisdicción de la de San Vicente de la Sonsierra, de tan curiosísima historia que bien merece unas líneas como final de este capítulo.

El arciprestazgo de Briones fué puesto en entredicho

por el Papa Julio III; pero este vecindario, que siempre se distinguió por su acendrada fe, levantó para satisfacerla esa desaparecida ermita, en la misma mojonera del pueblo de San Vicente de la Sonsierra, dedicándola a Nuestra Señora de los Remedios.

Vinó a bendecirla nada menos que el reverendo padre fray Juan Marray, obispo de Lésmora, en Inglaterra, a mediados del siglo XVI, siendo notario apostólico el hijo de Briones D. Sebastián Romerino, comisario de la Santa Inquisición, y párroco D. Juan López Herrera.

Al cesar aquella situación, se trajo al pueblo desde el altar de la ermita la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, adorada tantos años en aquel lugar, y se colocó en el arco llamado de la Puerta del Sol de la cerca del «Torreón».

Al hundirse en 1885 esta puerta de la villa, fué recogida la imagen por una dama tan distinguida como virtuosa, D.^a Rita Quincoces, quien en la fachada de su casa, pegando al arco desaparecido, le labró un nicho.

Hoy esta casa es propiedad del vecino Isidro Díaz, y allí está la Virgen; pero es una verdadera pena la ocurrencia de embadurnarla con una mala pintura, con lo que ha quedado estropeada esta antigua imagen adorada por nuestros abuelos en el altar de esa célebre ermita levantada junto a la mojonera de San Vicente de la Sonsierra.

Al ocurrir este suceso, a requerimiento del cura párroco Sr. Herrera, el notario apostólico D. Sebastián Romerino levantó acta de la bendición de aquella curiosa ermita. Este documento se conserva en el archivo de nuestra parroquia.

LA VILLA

ASENTADO sobre una colina que domina buena parte de esta Rioja Alta, Briones, como toda la provincia, disfruta de un hermosísimo cielo azul, casi siempre despejado.

Tiene a su falda dos típicos barrios. El del Este, muy populoso, llamado de Cuartango, se extiende desde la estación hasta la carretera que va a Logroño. El del Oeste, conocido por el de Gimileo, nace al pie de las eras, para llegar muy cerca de las riberas del Ebro.

La parte alta, con calles regulares bastante bien empedradas, admirándose al pasearlas soberbios edificios de sillería del mejor gusto, se encuentra rodeada por un espacioso y lindo paseo, que llaman «Las Cercas». Las vistas que se contemplan sorprenden a cuantos nos visitan por primera vez, ya que a su paso por ferrocarril o carretera nadie pudo imaginar el espectáculo de esta altura.

Quedan maravillados los que tienen la suerte de admirar algún atardecer en esos magníficos días de otoño, cuando el sol corriendo de los altos de Altable viene a esconderse por la punta de Mendiguerra, encendiendo las nubes y dejando llamaradas de fuego en los picos de estos cerros que nos rodean.

La campiña es llana, interrumpida con colinas de piedra arenisca mezcladas en cascajo de la misma formación. Al Este se eleva el terreno, formando unos cerros, llamados de Revijares, que más allá quedan cortados para dar paso a un riachuelo que corre camino de la Dehesa, levantándose nuevamente hasta el alto de Rivarrey.

Al Oeste forma otra colina de mayor altura y extensión, conocida por Mendiguerra, palabra vascongada como muchos términos de esta jurisdicción. Tiene una planicie de gran extensión, y a su falda asoma un hilo

de agua que antes de llegar al llano se filtra entre el cascajo.

Tuvo un tercer barrio muy notable, el de San Mamés, con la famosa iglesia de este nombre, que según nuestro Fuero de Vitoria sólo en ella podían exigir juramento jueces o tribunales a los vecinos de Briones.

Este barrio ocupaba la parte Sur, desde la carretera a Logroño hasta el camino del cementerio, incluyendo la «era alta», donde el pueblo tenía edificios destinados a hornos y corrales para el ganado, según consta en la relación de propios.

Las edificaciones ocupaban incluso la actual carretera, donde a poca profundidad aparecen cimientos, y en una de las fincas cercanas se descubrió al montar una trilladora algún trozo de calle bastante bien empedrada.

Yo he leído actas en el desaparecido archivo municipal consignando acuerdos tenidos con representantes de aquella barriada, extrañándome una que se refería a cuestiones ganaderas. Citaba el caso curioso de tener los labradores que allí vivían predilección por las mulas torcidas, sintiendo no poder sacar copia de muchos de estos datos y orientarme de la situación de su iglesia; pero no era posible describir aquellos documentos, por la complicación de una letra muy historiada con la tinta completamente desteñida.

Siguiendo la descripción de la villa, toda su parte alta estuvo completamente cercada por murallas, con seis puertas o arcos para su entrada. De ellos sólo quedan el de la Media Luna y otro al Noroeste, donde están grabadas las armas del pueblo. El de la Puerta del Sol, con salida al Torreón, se hundió en 1885, y otro de la calle de San Juan, comunicando con la cerca del Toro, sufrió la misma suerte pocos años después.

De las murallas quedan algunas al Norte y las demás sirvieron de cimientos a la mayor parte de las casas con vistas a las Cercas.

Tuvo un precioso castillo, que no hemos conocido nosotros ni es el llamado así por el pueblo. Lo alzado ai-

rosc en lo más alto del cerro era la torre del homenaje. El verdadero castillo ocupaba desde el pie de esta torre hasta la esquina de las Cuarenta, todo lo que fué después cementerio. Hace muy pocos años todavía se conservaba su aljibe y un subterráneo de sillería con las juntas pintadas de rojo. Según lo describen Govantes y otros cronistas, y algo de ello he conocido yo, la entrada principal a esta fortaleza estaba en el centro de una linda fachada coronada de almenas, guarnecida con dos pequeños torreones laterales, a los que se subía por una escalera interior de caracol. En medio, un precioso arco gótico, y encima de su ángulo agudo, un mochuelo —símbolo de vigilancia— admirablemente esculpido.

En las ruinas de esta bellísima fachada sólo queda hoy la ladera con lo poco a medio hundir de la torre del homenaje, que desgraciadamente no levantará jamás su venerable cabeza. Al peso de los años y demasiado olvidada, se rindió el año 1940, dejándonos muy tristes a los que muchas veces nos hicieron soñar sus viejas piedras. Ella constituía el símbolo del pueblo y la hoja más brillante de nuestra noble ejecutoria.

LOS PASEOS

I

EL de las «Cuarenta» es desde luego el de más bonitas vistas, resultando encantador cuando no sopla el cierzo.

Sentado en aquel puntal donde tan rápidas pasan las horas, he reconocido muchas veces la razón de un autor que no encontrando palabras para describir un bello paisaje, aseguraba ser mayor el deseo de seguir mirándolo cuanto más tiempo se le contemplaba. Esto ocurre en el puntal de las «Cuarenta», como en la esquina del «Torreón».

Dicen de antiguo venirle este nombre de ser el nú-

mero de ermitas que desde allí se ven, y es muy posible. Teniendo en cuenta las jurisdicciones al golpe de vista, sus iglesias y las ruinosas por la sierra de Toloño, corresponden a esta cifra.

Se construyó siendo alcalde el primer Marqués de San Nicolás, y aun hubiera resultado más hermoso de haberse realizado por completo el proyecto. Consistía —yo lo vi en el desaparecido archivo— en unir este paseo con el del «Torreón», continuando el muro sobre el camino de las Cuevas de arriba, dejando un arco para el paso de la calle de los «Pozos».

Este bonito sitió fué siempre el predilecto del pueblo y lugar de reunión. A la sombra de la antigua muralla, sirviéndoles de asiento las losas labradas sobre la cantera, celebraban en verano sus Juntas los estados noble y llano, tomando sus acuerdos ante el público muy respetuoso. En las fiestas del Santo Cristo, allí tenía lugar el célebre juego de la «bolilla», descubierto esos tres días para volverse a cerrar por todo el año. Las losas de los muros aparecían dibujadas con tableros, en los que a diario se organizaban partidas de damas. El suelo servía de cama a muchos labradores para sus siestas, y desconocidos entonces los cafés, era sitio de cita al terminar de comer, lugar de reunión por las tardes, tertulia de los grandes señores y paseo de beneficiados.

Es una verdadera pena que por hundimientos de las bodegas y filtraciones vayan fallando los cimientos, viéndose desaparecer poco a poco aquellas antiguas y sólidas murallas, advirtiéndonos la ruina de este lindo puntal.

II

Otro de muy bonitas vistas es el del Cristo, construído por cuenta del hijo ilustre del pueblo D. Andrés de Ibarra y Pedroso, fallecido en América con exorbitantes riquezas.

Se le llamaba entonces «El Espolón», siendo idea del donante hacerlo grandioso llevando la muralla hasta el

pie de la carretera a Logroño y colocando sobre ella un lujoso barandado. Fueron tantas las dificultades para realizarlo, que a pesar del buen deseo de autoridades y familiares de Ibarra, quedó limitado a este precioso balcón hecho con el mayor gusto.

Al inaugurarse el año 1797, el pueblo, agradecido, le dedicó una lápida en el centro del paseo, que ya se lee con mucha dificultad. Dice así:

VIA ET STRATA PUBLICA MIRIFICE CONSTRUCTA
ET MUNIFICENTISSIME EXORNATA SUMPTIBUS
ET EXPENSIS NOBILIS VIRI D. ANDRES YBARRA
ET PEDROSO, IN USUM ET COMMODITATEM CON-
CIVIVM VOTO, MONUMENTUM ERECTUM ANNO
1797

III

Todos los demás paseos o «Cercas» hasta rodear la villa, se fueron haciendo por el Ayuntamiento, contribuyendo los vecinos con veredas y cediendo muchos propietarios de casas terrenos de su propiedad. La mayor parte de las situadas en la del Toro les pertenece el frente hasta la Cuesta Dulce. Así se fué completando esta mejora al terminar el siglo XVIII, elevándose los muros para servir de asiento y plantando árboles en sus cuestas, en el noble afán de aquellas generaciones por hermostrar la pelada altura en que se alza Briones.

TERMINO JURISDICCIONAL

I

FUERON en tiempos remotos tan célebres los hermosos bosques de Briones, que hasta se dictaron disposiciones oficiales para evitar su tala. Las casas señoriales insistieron muchas veces en la conveniencia de conser-

varlos, por la enorme riqueza de sus maderas y la gran belleza que daban al campo.

El del cerro de Mendiguerra, todo él de hayas, llamaba extraordinariamente la atención, y debió ser espléndido.

Pertenecían todos al Ayuntamiento, figurando, como decimos más adelante, entre los propios del pueblo al hacerse el primer catastro de rústica en el siglo XVIII, ordenado por el Marqués de la Ensenada, del que nos vamos a ocupar.

Correspondió comenzarlo en Briones el año 1751, y en él encuentro los primeros datos oficiales de esta jurisdicción, así como lo relacionado con cultivos, precios de las cosas, producciones y tantas curiosidades contenidas en este interesantísimo documento oficial.

II

Constituían entonces el Ayuntamiento de esta muy noble y leal villa:

Alcalde y justicia ordinaria por el estado noble: Don Diego Manuel de Villodas Tenorio.

Teniente de corregidor: D. Antonio Ramón de Arias.

Procurador síndico general por el estado noble: Don Bernardo de Salas y Pedroso.

Regidores por el estado noble: D. Miguel de Bañuelos y D. Ramón de Bañuelos Ramón.

Regidores por el estado general: Andrés Calvo Baños y Pedro Domínguez Pascual.

Secretario: D. Pedro Estremiana.

El 11 de agosto del citado año se recibió una comunicación de D. Manuel Antonio de Ocio Salamanca, fechada en la villa de Cihuri, participando haber sido nombrado juez subdelegado para averiguar los bienes y efectos en que pudiera fundarse la única contribución, conforme al Decreto de 14 de diciembre de 1750, advirtiéndole su decisión de trasladarse a ésta para dar comienzo al trabajo encomendado.

Al día siguiente, con la mayor formalidad, se daba cuenta al Ayuntamiento de esta carta, acordando citar a la Junta y Consejo General, quienes reunidos aprobaron el siguiente bando.

«Sepan todos los vecinos y moradores de este pueblo, que S. M. por Real Decreto se ha servido mandar que dentro de ocho días, cada vecino, habitante o morador ponga en poder de la Justicia un memorial, firmado si supiese y si no por un testigo, en el que declare su nombre, dos apellidos, la edad, estado de noble o pechero; si es labrador, jornalero, oficial, maestro o aprendiz de cualquier oficio, y lo mismo ha de declarar si se trata de ministro, abogado, procurador médico, etcétera.

El número de maestros, oficiales, aprendices que tenga, con el salario que da a cada uno. La edad de sus hijos, hijas, hermanos, sobrinos, cuñados, como cualquier pariente, así como la declaración de si viven con él, si trabajan su hacienda y relación de todos los bienes que tengan en el pueblo.

Los censos, en contra o favor; las rentas, si son arrendatarios; las fincas urbanas, con detalles de dimensiones, poniendo en las bodegas el largo y ancho, en los corrales la cantidad de terreno, y en todos ellos los surcaños.

Las viñas o heredades que tienen, poniéndolas cada una de por sí y en tal disposición, que sigan unas a otras las que están al aire cierzo, después las del solano, siguiendo las del ábrego y por último las del regañón. Los linderos de cada una y la distancia que hay de la finca al pueblo.

Ha de ponerse también el número de cabezas de ganado, los colmenares, molinos o fábricas, así como el número de sirvientes o sirvientas que cada uno tuviese.»

Este bando se comunicó a todos los pueblos inmediatos, para conocimiento de los vecinos con fincas o cualquier otra propiedad en esta jurisdicción.

Así como por los propietarios de aquí se presentaron muy pronto las declaraciones, no ocurría lo mismo con

los residentes fuera de la villa, lo que obligó a insistir en el mes de octubre, multando con doscientos ducados al que no lo hiciera en término de tres días, por dificultar los trabajos ya en marcha. Para final de ese mes estaban todos en poder de la Junta.

III

Antes de llegar el juez subdelegado habían celebrado varias reuniones las autoridades y Consejo General, siendo uno de los primeros acuerdos el nombramiento de dos personas imparciales para intervenir en sus discusiones. Quedaron designados a este efecto el vicario de esta villa y su partido, D. José Bañuelos, y D. Francisco Bergado, beneficiado de la iglesia.

Otro fué la elección de peritos de distintos estados, cargos que ocuparon por aclamación D. Nicolás Bañuelos Córdoba, D. José de Arciniega Ontiveros, Andrés Gimeno Díaz y Juan Calvo Enciso, a quienes se notificó, citándoles para el día 1.º de septiembre, que anunciaba su llegada el señor juez.

Así ocurrió, y en esa fecha D. Antonio de Ocio Salamanca, al celebrar su primera reunión con los de Briones entregó a estos peritos un interrogatorio tan largo y complicado, que solicitaron un plazo bastante largo para hacer estudio y reflexión. Se accedió a esta petición tan justa en atención a lo difícil de este trabajo que comprendía un estado minucioso de todo el término municipal, no sólo en lo referente a cultivos, sino en sus distancias y circunferencia.

Cuando todo estuvo dispuesto, se celebró la segunda Junta, presidida por el señor juez subdelegado, en la casa posada donde tenía éste sus habitaciones, con asistencia de alcalde, corregidor, síndico, regidores, procurador síndico general de Consejo, vicario Sr. Bañuelos y beneficiado Bergado.

Al comenzar la sesión fueron llamados los peritos, a quienes se tomó juramente por Dios Nuestro Señor y

cada uno de por sí. Cumplida esta formalidad, fueron contestando a las preguntas del interrogatorio.

Tan detallado, minucioso y ajustado a la verdad fué el estudio de estos señores, que difícilmente puede hacerse nada más completo. Gracias a estos datos y a la amabilidad de quien me proporcionó este curioso documento, puedo ofrecer en este libro cultivos, cosechas, precios y todo lo relacionado con la vida del campo de Briones en el año 1751.

IV

Comienzan estos peritos su informe describiendo el pueblo con sus dos arrabales, uno al regañón, llamado de Gimileo, y otro al solano, conocido por el de Cuartango, distantes ciento veinte pasos de la plaza. La parte alta se halla rodeada de murallas, teniendo seis arcos o puertas para penetrar en ella, algunos muy deteriorados amenazando ruina.

Aseguran ser la dicha villa de señorío perteneciente al Excmo. Sr. Duque de Osuna, quien tiene el derecho de alcabalas, por las que se le pagan diez mil seiscientos ocho reales, así como el privilegio de la elección y confirmación de alcalde, regidores y alguaciles entre los propuestos por duplicado. Sólo puede nombrar por sí al alcalde mayor y justicia ordinaria.

Con esto pasan a dar cuenta del término municipal, asegurando que bien medido desde el aire cierzo al ábre-go tiene una distancia de dos leguas con novecientas varas, así como del solano al regañón una legua y mil varas. La circunferencia de todo él mide seis leguas y media.

Dentro de esta jurisdicción, aparte las fincas de regadío, llamadas huertas, están divididos los predios en viñas, piezas, prados, montes y erios.

De estas tierras producen algunas dos cosechas al año, otras dan una sin descanso, la mayor parte son de siembra y barbecha, con bastantes tan pobres que para producir una necesitaban descansar dos.

Hablan de los escasos frutales plantados en viñas, correspondiendo la mayor parte de los existentes a las huertas y muy bien colocados en los lindes. Sólo en una finca, propiedad de D. Diego Villodas, se veían mal ordenados ocupando el centro y sin formar hileras. Citan las variedades de guindos, cerezos, melocotones, perales y nogales, por este orden, sin hablar para nada del ciruelo. Extrañado, repasé las relaciones presentadas por los propietarios, comprobando que, efectivamente, no existían entonces. Por otros datos recogidos he visto lo reciente de este cultivo. La riquísima claudia sobre todo, de tanta fama y tan solicitada hoy, era completamente desconocida en aquella época.

Dicen ser cada fanega de tierra de tres mil varas castellanas, y el obrero de viña de doscientas cepas.

El término jurisdiccional era en total de «diecisiete mil setecientas fanegas», dedicadas a los siguientes cultivos :

«Tres mil trescientas ochenta, a cereales».

«Tres mil ochocientas, a monte encinar».

«Doscientas cincuenta, a monte carrascal».

«Dos mil, a prados».

«Quinientas, en huertas de regadío».

«Cuarenta, en huertos sin agua, por los barrios».

«Veinticinco mil quinientos obreros de viña de doscientas cepas».

V

CLASIFICACIONES, PRODUCCIONES Y PRECIOS

LAS clasificaciones eran aproximadamente : un veinte por ciento tierras de primera; el treinta, de segunda, y el cincuenta, de tercera y erios.

Alternativas de cosechas. En las mejores fincas, siembra de trigo, al que seguía un cultivo de berzas, la mayor parte en regadío. Las tierras de primera, trigo y descanso. Las de segunda, cebada, y tras ella lino o

cáñamo. Las malas, centeno o avena, para dejarlas descansar dos años.

Simientes por fanega. En regadío, nueve celemines de trigo o catorce de cebada. En secano, catorce y veinte.

Siguen su declaración asegurando ser la producción media de cada especie: cuatro cántaras de vino por obreiro de viña; seis simientes de trigo o doce de cebada en las tierras de primera; tres y nueve en las de segunda; cuatro de centeno o avena en las de tercera.

Estiman la cosecha de cada árbol frutal en cinco reales por año, excepto el olivo, que sólo producía uno.

De todos estos datos deducían que el producto bruto de las fanegas de tierra de primera no era superior a noventa reales; las de segunda, de cincuenta, y las de tercera, de treinta.

El obrero de viña, de catorce a veinticuatro, según la cosecha o cotización.

Fijan después los precios de las cosas y productos del campo.

La fanega de trigo corriente valía a dieciséis reales, y a quince la de valenciano.

La de centeno, a doce.

La de cebada, a ocho.

La avena, a cuatro.

Las habas, a dieciocho. Era lo más caro de entonces.

El vino, a tres o tres y medio reales cántara.

Las mañas de cáñamo, un cuartillo.

La libra de lana, un real.

Las ovejas, a veinticuatro.

Los corderos, a diez.

Parecerán estos datos exagerados, pensando algunos que las valoraciones dadas por aquellos señores a la producción de tierras correspondía al deseo de procurar para el pueblo la menor contribución; pero esto equivale a desconocer la seriedad y conciencia de unas personas incapaces de mentir y la formalidad con que en estos lugares por lo menos se hacían las cosas entonces. Así procedían en éstos como en todos los demás actos de su vida.

También lo relativo a precios de las cosas parecerá increíble —más en estos tiempos—, pero ello es una gran verdad. Seguramente los más viejos no lo pondrán en duda, ni los que desgraciadamente llevamos recorrido la mayor parte del camino. Tenemos bastante para juzgar del encarecimiento de la vida a medida que pasa el tiempo sólo pensando en el valor de aquellos cuatro reales de nuestros años mozos y lo que son hoy cuatro «carabas».

El ganado existente en el pueblo y término municipal, según estadística presentada, comprobada a los pocos días en una inspección, era de mil cabezas de ganado lanar y cabrío, doscientas treinta mulas, treinta machos, veintinueve caballos, cincuenta y ocho burros, setenta burras, once yuntas de bueyes en el pueblo y dos en las Ventas de Valpierre.

VI

CARGAS Y PROPIOS

EN aquel tiempo no se pagaban contribuciones ni ninguna otra clase de impuestos al Estado. El Duque de Osuna sólo cobraba las alcabalas, ya que los demás derechos habían sido comprados por el pueblo.

Las únicas cargas de estos vecinos eran los diezmos al cabildo de beneficiados sobre todas las especies, más las primicias a la fábrica de la iglesia sobre los frutos, equivalentes a poco más del uno y medio por ciento, es decir, unidad por cada sesenta y seis.

La relación presentada de todas las propiedades que tenía el Ayuntamiento de Briones comprende las siguientes fincas y edificios:

Cuatro hornos de pan cocer funcionando, más uno inutilizado por un incendio, dentro de la villa. Otro situado en la «era alta» del barrio de San Mamés.

Una Casa Consistorial, sita en la plaza, en cuyo piso bajo están instalados el peso y la cárcel.

Otros dos edificios en la misma plaza, uno sirviendo de alojamiento al maestro y el otro dedicado a carnicería, con vivienda.

Cuatro corrales para el ganado de la provisión de carnicería, donde se guarda la dula y cabrío de estos vecinos.

Cuarenta y cinco obreros de viña arrendados a distintos labradores, más ciento setenta fanegas de tierra de labor, también arrendadas a razón de celemin por fanega.

Un prado en «El Rincón», de ochenta y cuatro fanegas.

Un monte en «Rivarrey», de tres mil cuatrocientas, con encinas grandes, muy poblado.

Otro en «Mendiguerra», de hayas, de doscientas cuarenta.

Una tejera en el término municipal de este nombre.

Estas propiedades de muy pequeñas rentas, el peso, la correduría y la alcabala arrendada a Osuna eran todos los ingresos del Ayuntamiento.

Como contrapartida había de atender a infinidad de censos: figurando entre los más importantes: el del Colegio de la Compañía de Jesús en Logroño, las Religiosas de Santa Clara de Vitoria, la Iglesia Imperial de Palacio, algunas capellanías fundadas por D. Juan Castrejana y otros en el pueblo.

La mayor parte de estas deudas se emplearon en comprar privilegios del señorío, así como atender a las obras realizadas. Era muy frecuente la redención de algunos por particulares, en su deseo de aliviar la situación de las arcas municipales.

VII

COSECHAS Y VECINDARIO

TERMINAN los peritos su estudio exponiendo cuál era la cosecha media del pueblo, apreciándola en un total de «trece mil fanegas de todo grano, y ochenta mil cántaras de vino».

Esto coincide con la declaración presentada por la iglesia, según la cual producían los diezmos «quinientas fanegas de trigo, seiscientas de cebada, sesenta de centeno, ciento cincuenta de avena y ocho mil cántaras de vino».

Aparte el elemento labrador, había en la villa vecinos de los siguientes oficios y profesiones:

Dieciocho beneficiados, cuyos nombres eran: Baltasar de Gayangos, Diego de Bañuelos, Isidro de Ontiveros, Diego José de Arias, Bernardo Antonio de Samaniego, Pedro Gadea, Fernando Bergado, Lorenzo Alvarez de Lasarte, Sebastián de Estremiana, Juan Francisco Bentrósa, Isidro Villodas, Manuel Antonio Bañuelos, Joaquín Marià de Arias —colegial mayor de Santa Cruz de Valladolid— y Francisco de Suso —que atendía Rodezno, anejo a ésta.

Servían además la iglesia otros once capellanes y un cura párroco, siendo por tanto treinta el número de clérigos.

De otras profesiones y oficios, vivían cuatro escribanos, médico, boticario, cirujano, organista, bajonista, ama de falda, gran número de canteros y albañiles, tres sastres, cuatro tajadores, cinco zapateros, tres herreros, dos albeitaires, cuatro boteros, cinco horneros, dos molineros, medidor de tierras, proveedor de carne, corredor de vino, tabernero, pregonero, cuatro mesoneros en la villa y otro muy afamado en las Ventas de Valpierre.

Todos estos vecinos, con otras cuatrocientas familias de labradores, vivían, según los datos de cosecha media va-

lorada a precios corrientes, con unos «veinticinco mil duros».

Descontados diezmos, primicias y siembra, quedaban escasamente veinte mil, aparte lo poco del ganado y algunas hortalizas. Correspondía a cada familia unos mil reales por año.

*

* *

Sin alterar un número ni omitir el menor detalle para mejor servir a la verdad, que tal vez sea la única buena cualidad de este libro, he recogido con mucho cuidado estos datos, fiel reflejo de la situación de este pueblo y su campo en el año 1751. Trabajo admirable de aquellos peritos de tanta conciencia que declararon por Dios Nuestro Señor decir verdad ante D. Manuel de Ocio y Salamanca. Gracias a ellos y a quien me proporcionó el original, puedo ofrecer estos datos oficiales del célebre catastro hecho en España por el Marqués de la Ensenada.

LO QUE FUE BRIONES

EN el primer censo de la población de Castilla, hecho en 1594 —primer dato oficial que poseemos—, Briones, perteneciente entonces a la provincia de Burgos, figura con «trescientos cincuenta vecinos».

Al confeccionarse el catastro de 1751, aparece con «trescientas veinticuatro casas, habitadas por cuatrocientas familias».

En la estadística de la nueva provincia de Logroño llega a «seiscientos treinta y cinco vecinos».

Y por último, en este constante crecimiento logra alcanzar, por los años de 1885 al 1890, «mil ciento diez, con cuatro mil trescientos cincuenta habitantes».

A la vista de estos datos oficiales, paseando por sus

calles o paseos y admirando tanto soberbio edificio, se advierte su señorío, el mucho gusto, la riqueza y actividad de esta villa en los siglos XVIII y XIX.

Del 1750 al 1875, además de realizar un número de obras sorprendente, dobló su vecindario. En este tiempo se hicieron la mayor parte de estas casonas, los paseos de las «Cuarenta», «El Espolón» y todas las «Cercas», la ermita del Santo Cristo, el empedrado de calles, plazas y arrabales, nuestra hermosa torre y la mayor parte de los dos famosos barrios de Cuartango y Gimileo.

Un arquitecto muy notable, gran amigo mío, llegó un día acompañando a un señor cultísimo, dado a estudios y curiosidades de su Patria. Uno de esos hombres que sentía y llevaba dentro a España, como debía ocurrir a los demás, sin alborotar mucho. Tuvieron la gentileza de visitarme, para que yo, pobre de mí, les diera una explicación de cómo se había producido este milagro en lugar tan pequeño, plazo tan corto y con tanto gusto y suntuosidad.

Esperaban, por lo visto, encontrar la causa en algún azar o negocio afortunado, abundantes cosechas con precios excepcionales o cualquiera de esas suertes de las que participan los más.

«Pues no, señores —les repliqué—. Aquí jamás ocurrió nada de eso. Los aforos nos hablan de cosechas normales; la cántara de vino no pasó en aquellos años de los tres a cuatro reales; a nadie se le ocurrió montar industrias; no apareció el filón de ninguna mina, ni recuerdo haya tocado jamás el gordo de la lotería.

»Les diré más. En aquella época se gastó muchísimo para aumentar las plantaciones de viñedos y construir bodegas donde colocar las cosechas, cada día mayores.

»No me extraña —les dije— este asombro de ustedes, del que yo también participé mucho tiempo; pero me ocurrió, al comenzar a descolgar legajos, leer en pergaminos, uniendo letras de tinta desteñida por los siglos y encontrarme siempre en todas estas andanzas con los mismos apellidos, que comencé a familiarizarme con ellos

tanto salirme al paso, y no sé si por habérmelo contado los interesados o contagiado por el polvo, me parece haber vivido por aquellos días. Para satisfacer su curiosidad y pagarles tan grata visita, voy a decirles quiénes y cómo lo hicieron todo, no sé si por haberlo visto o por haberlo soñado.

»La iglesia, muy rica entonces, cobraba, además de los diezmos, importantes rentas de grandes propiedades que tenía, llegando con ello bastante a los beneficiados, a pesar de ser muchos. Vamos a repasar sus nombres en el catastro de 1751, para que vean cómo hay uno, por lo menos, de cada familia principal.

»Estas mismas casas tenían fincas por toda esta jurisdicción, además de rentas llegadas de otros pueblos y personajes ocupando altos cargos en todas las actividades nacionales. Esto les demostrará que contaban todas ellas con medios sobrados para vivir espléndidamente en aquellos tiempos.

»Ahora vamos a dar unas vueltas por las calles, para decirles quiénes hicieron estos soberbios edificios: los Bañuelos, Govantes, Villodas, Bentrosa, Arias, Gadea, todos los cuales figuran en esa lista de beneficiados. Esta otra, del Marqués de San Nicolás, nos lo encontramos nada menos de tesorero general del Reino y ministro del Tribunal de Cuentas. La misma donde yo vivo, que es de ustedes, fué construída por D. José Francisco de Viana, abad de Santa Cristina, y por su hermano el Conde de Tepa.

»Ya ven ustedes la facilidad en presentarles a sus antiguos dueños, de quienes les voy a dar también referencias.

»Grandes señores en todos sus actos, como modestos en el vivir, demostraron ese gran cariño a los pueblos de los que limitan su existencia a pasear por sus calles, considerando fronteras los límites de su jurisdicción. Es una inclinación completamente distinta a la sentida por el viajero o por quienes, aun naciendo en ellos, añoran la vida de lugares más atrayentes y tentadores.

»Los de entonces, quedándose para siempre aquí o pensando en la vuelta al alejarse por sus cargos, todos tenían la misma aspiración de descansar algún día en la cripta de la capilla que fundaron o en el nicho de su panteón.

»Con ese noble estímulo productor de tanto bien, aprovechando la estancia de los muchos artistas que había por el lugar y la abundancia de piedra tan fácil de labrar, rivalizaron en levantar estos verdaderos palacios, más que por su comodidad, para hermostrar el pueblo donde nacieron y del que la mayor parte no pensaba salir jamás.

»Yo conozco el caso de una señora de las más linajudas de aquel tiempo, mi pobre abuela, empeñada en no conocer más lugares en su vida. A instancias de seres muy queridos, siempre respondió a sus invitaciones reconocida, pero nunca abandonó su casa, porque, según ella, no necesitaba ver nada y tenía seguridad de no conocer cosa mejor en España, y cuando colocaran una fuente en la plaza, ni cruzando el mundo entero.

»Así eran los de aquella generación: concentrándolo todo en la tierra donde nacían, echando raíces en ella y siendo cuanto más viejos más difíciles de trasplantar.

»Todos los pueblos donde vivieron familias de estas señoras y tuvieron, como Briones, la suerte de conservarlas durante siglos, habrán sorprendido a ustedes, como me ha ocurrido a mí, cuando al pasear por sus calles o plazuelas me salen al paso grandes fachadas con muchos balcones y lucidos escudos, obligándonos a detenernos, a mirar a pesar de nuestras prisas, como si fueran a contarnos sus viejas historias y recordarnos grandezas pasadas.

»No se arrinconaron todos ni dejaron por esto de dar sus hijos para llegar a grandes capitanes de aquellos Terrios gloriosos o acompañar a insignes conquistadores. Otros fueron altas dignidades de nuestras catedrales, notables escritores, buenos ministros, célebres artistas, que en sus actividades o en los descansos jamás olvidaron es-

tos lugares, contribuyendo con sus fortunas o influencias a todo lo bueno que en ellos se realizó.

»Y así es, señores míos, como ví yo transcurrir ese siglo de grandeza de Briones y conocí en un dichoso pasar a tanto ilustre personaje de las muchas familias nobles que aquí vivieron. Con ese noble estímulo creador, andaban afanados en construir sus casas señoriales, atendiendo a la vez a hermosear los paseos, hacer una ermita a su patrón, empedrar calles y plazas y dar cuanto podían para la torre. Por los arrabales sudaban los labradores levantando sus viviendas, y yo veía todo esto encantado, contemplando además —y esto, hablándoles en confianza, es lo que más me gustó—, el santo, tranquilo y buen vivir de aquellos tiempos», que no tiene lugar en este libro.

LO OCURRIDO DESPUES

I

A sí como la cultura de un pueblo puede medirse por el número de pájaros que anidan en sus árboles, el tamaño de las jofainas, la manera de conducirse su gente y muchas más manifestaciones, también es fácil deducir los habitantes a la vista de sus campos. A un espíritu observador, le basta pasear cualquier término municipal para calcular su vecindario, si tiene en cuenta la extensión, el estado del cultivo y labor preferente.

Esto ocurre en la Rioja como en todas las tierras de la vid. Aparte su riqueza creadora, necesita tal número de brazos, y la cantidad de cepas está tan en relación con el de hombres, que en un cultivo esmerado podía muy bien establecerse los correspondientes a cada hectárea.

Partiendo de ese medio siglo XVIII, Briones, aumentando sus viñas, ve crecer su vecindario tan proporcionalmente, que con veinticinco mil obreros plantados en

1751 sostiene cuatrocientas cincuenta familias, mientras con setenta mil existentes en 1880 crece hasta mil cien. En poco más de un siglo casi triplica el número de cepas, para aumentar en doble la población.

Lo mismo ocurre desgraciadamente al llegar la filoxera, que, en sentido contrario, las cepas se arrojan al fuego, mientras al vecindario se lo lleva el tren, como si hombres y vides, tantos años unidos en estrecho maridaje, no pudieran vivir los unos sin las otras.

En ese famoso siglo, verdaderamente de oro para Briones, además de las grandes obras realizadas en la parte alta de la villa, de las que ya hablamos suficientemente, no se ocupaban solamente los artistas en colocar silleras, esculpir escudos o colgar balcones por las casas señoras; que andaban muy atareados por los arrabales construyendo cómodas y soleadas viviendas, cubriendo los típicos «sitios» para instalar tinas, trabajando afanosos por las cuestas que dan vista al Ebro, cara al cierzo, con sus picos de mango corto, penetrando como topos entre los jalones, haciendo huecos donde colocar las cubas, de las que saldría el vino fresco en el verano, reluciendo en los porrones.

En esta ejemplar actividad de hacer casonas por arriba y viviendas en los barrios; aprovechando las cuestas para bodegas y en extramuros lagares; roturando por el campo montes o estableciendo altares para utilizar laderas y allanando picos en los riscos; extendiendo el cultivo de la vid por encima de los cerros hasta más allá de su jurisdicción, pasó Briones trabajando ciento veinte años, para llegar al finalizar el siglo XIX a su máxima importancia, con «diez millones y medio de cepas» hermoseeando su campo y «cuatro mil trescientos habitantes» en su villa muy noble y muy leal.

II

Parecerá que el precio de cuatro o cinco reales cántara corriente en aquellos años, no era motivo para des-

pertar esta ilusión por la viña ni ingreso suficiente para realizar tal milagro; pero si nos situamos en aquella época —cosa indispensable para comprenderla— se explica perfectamente. Basta tener en cuenta el valor de todos los demás productos de la tierra, así como lo preciso para producirlos, y nos encontraremos con la avena, por ejemplo, al precio de cuatro reales fanega, equivalente a la cántara de vino. Sin las plagas de hoy, bastando cava y bina para considerar segura la cosecha, no creo preciso hacer números para demostrar lo más barato que resulta producir la cántara de mosto que la fanega de cereal. Relacionándolo con cualquier otra cosecha, obtendríamos el mismo resultado, y si pasamos a compararlo con el vivir, por los dieciséis litros se compraban cuatro pollos o medio cordero, y con los mil reales de una cuba vivía cualquier familia felizmente todo el año; así ocurría en aquellos benditos tiempos.

Luego fué aún mayor el negocio, por subir el vino en mayor proporción que los demás productos del campo, por la demanda francesa al invadir la filoxera aquellos viñedos. Fueron aumentando las compras y cotizaciones a medida de mermarse sus cosechas, hasta alcanzar el precio de veinte reales cántara. Sin otro gasto que el natural del cultivo y el apenas subir la mano de obra, era esta cotización tan espléndida, que pueden muy bien considerarse aquellos felices años los de las «vacas gordas» de Briones, como lo fueron para la Rioja y todos los pueblos vitícolas de España.

No hay bien que cien años dure, y así nos lo demostró el triste de 1885. Dos calamidades vinieron con él a visitar estos felices lugares: cólera y mildew. Uno se llevó buen número de vecinos; al otro le ha sentado por lo visto tan admirablemente este clima, que todavía, para nuestra desgracia, nos acompaña.

Esta plaga, que como todo lo malo dura mucho y cuando aparece no tiene remedio, era completamente desconocida. Se sabía muy poco de tratamientos para prevenirla, y salvo rarísimas excepciones, se llevó, como era

natural en estas condiciones, la totalidad de la cosecha. Desde aquel momento comenzó a torcerse el aparejo, y para no tener ya cosa buena, los franceses cosechaban cada año más en las nuevas viñas, siendo menos frecuentes las visitas de aquellos compradores. Al poco tiempo fué denunciado el Tratado con aquel país, por no necesitarnos ya, dejando de regir el famoso «modus vivendi».

Al cerrarse la frontera descendieron tan verticalmente los precios, que llegó a cotizarse de cuarenta a cincuenta céntimos la cántara.

El exceso de producción obligó a transformar en alcohol algunas cosechas, pero dada la poca graduación del mosto de esta zona y teniendo en cuenta el bajo precio de los aguardientes, hubiera convenido en la mayor parte de aquellos años no hacer vendimia.

En estas tristísimas circunstancias, a continuación de recolecciones tan desgraciadas y sin un año bueno intermedio, llegó para estos pobres labradores, como a los toros bien banderilleados y estoqueados, la puntilla en forma de filoxera, tan rápida, tan fulminante, que apenas aparecida se había extendido de forma increíble por toda esta jurisdicción. Sin medios y faltos en absoluto de preparación para emprender plantaciones muy costosas entonces, se marchaba el dichoso vivir para dejar lugar a la privación o a la miseria, y de esta noche triste y oscura amaneció el nuevo siglo, que ya merece capítulo aparte.

1901. — TODOS POBRES

ESTO no es una frase. Para los que sufrieron tal desdicha o fueron testigos, por habitar en estos lugares, hay bastante con el título, y sobra toda explicación; pero como yo no sé quién va a leerme, por si alguno de los que me hagan este favor desconoce lo que fué la filoxera para la Rioja, voy a pintarle a grandes rasgos la situación de una familia antes y después de esta plaga.

Vamos a tomar como ejemplo el vecino bien acomodado o medio burgués; a ese típico labrador colocado entre el medianero y el mal llamado rico en estos pueblos, que ni envidiado ni envidioso, podemos considerar como el auténtico campero riojano.

Todo su patrimonio está concentrado en muy pocos metros de terreno: los suficientes para ciento veinte o ciento cincuenta obreros de viña, cuyo valor en los mejores tiempos era de doscientas cincuenta pesetas cada uno; la casita por los arrabales o en alguna de las calles con salida a la plaza; el sitio para las tinas; un agujero con cinco o seis cubas en hilera, y su trozo de huerta. Bien vendido todo, de cuarenta a cincuenta mil pesetas de capital, aparte la inmensa fortuna, la millonada que representa vivir en paz cuando se tiene buen humor y una excelente salud.

Sin más trabajo que alguna atención a las labores durante el año, ajustar la cuenta allá por San Juan a los gallegos contratados para labrar la temporada, rellenar las cubas y ponerse una chaqueta llena de mosto en la recolección para descargar al arriero, este pacífico ciudadano vivía completamente feliz, comiendo tan admirablemente como todos los de su casa, arreglaba el país la mayor parte de las tardes entre trago y trago con algún amigo en la bodega, jugaba el café al mus antes de echar su partida de tute arrastrado, era socio del Casino donde se trataba con los señores, paseaba con ellos por las «Cercas» y alternaba en el cargo de concejal.

Se permitía además el lujo de probar fortuna en la ruleta durante las ferias de Haro, comerse buenos cuartos de rostrizo o cordero asado cuando asistía los martes al mercado, no faltaba a las corridas de San Mateo y pocos años dejó de ver todas las de Bilbao. Muchos dieron también carrera a sus hijos.

Pues bien. Esta misma familia, al destruir la filoxera las cepas de este milagro, se encontró con treinta fanegas de malas tierras de secano, cuyo valor, en el caso

difícil de encontrar comprador, era alrededor de quinientos reales cada una; las tinas y cubas, innecesarias ya, se cotizaban poco más que para leña. Total, aun vendiendo la casa, diez o doce mil pesetas; algo que pudiéramos llamar valor del solar.

Tan pequeña cantidad de terreno, no permitía establecer una labranza, para la que faltaba, además, carro, mulas, aperos y cuanto es preciso a montarla. Los malos años habían agotado una por una las pocas «peluconas» tanto tiempo escondidas bajo el ladrillo, y no quedaba más solución para muchos que seguir al elemento jornalero, falto de trabajo aquí, buscando cobijo al pie de las altas chimeneas por la ría de Bilbao, o estableciendo un puesto en la plaza de Vitoria.

Los más viejos fueron tirando con algún cultivo pobre, malvendiendo alguna finca de vez en cuando para ir viviendo hasta que Dios quisiera, terminando la mayor parte de estos desgraciados, faltos de hijos o abandonados por ellos, pidiendo de puerta en puerta, o contemplando desde las verjas de algún asilo al amanecer de sus últimos días el campo de sus amores, muy resignados los pobres, pero llenos de lágrimas sus ojos.

ESFUERZO INUTIL

Los que quedaron en buena edad de trabajar, más animosos, con algunos medios o en mejores condiciones de lucha, optaron por reponer sus viñas, comenzando las primeras plantaciones en 1901, bajo los consejos acertados de un hijo del pueblo inteligente, entusiasta del campo y muy trabajador, empeñado en salvar a Briones de la ruina y devolverle la riqueza perdida.

Don Juan José Díaz Quincoces, haciendo un verdadero sacrificio, dejando muchas comodidades, olvidando por unos años su tranquilo vivir y aquellos cañones que eran su ilusión, cambió las polainas acharoladas por las botas

camperas, instalándose aquí con su familia, para ser el apóstol de aquella cruzada.

Con aquella palabra tan suya que sonaba a música, lo mucho que sabía de todo lo relacionado con la replantación, el entusiasmo que ponía al hablar de este problema, su ejemplaridad en el trabajo, desinterés y hasta sacrificio, llegó a revestirse de tal autoridad, que nadie hacía nada sin su consejo. Tan valiosa era su opinión, que en discusiones sobre faenas, cultivos, adaptación, fórmulas, etc., lo dicho por Juan José se consideraba siempre como lo más acertado.

Por fortuna para todos quedaban en el pueblo bastantes casas fuertes: familias señoras sin grandes propiedades, pero con sueldos, rentas o crédito suficiente para reponer los doscientos o trescientos obreros de viña que constituían el promedio de estas haciendas. Todas ellas emprendieron esta labor hasta con lujo, ya que luego se comprobó lo innecesario de desfondes y otras labores costosas que tanto complicaban el problema.

Más modestamente, también los labradores secundaron esta iniciativa, plantando en zanjás o simplemente a barra, criándose sus viveros, para terminar con los mismos majuelos o más de los que tenían; y hasta los jornaleros, recogiendo brotes de las podas para campos de cepas madres en las sendas de huerta, trabajando los días de fiesta, robando horas al sueño antes de llegar el día o puesto el sol, ahorrando del escaso jornal, llevando por toda alforja pan y pimientos, realizaron el milagro de convertirse en pequeños labradores gracias a este trabajo y abnegación, dignos de mejor suerte. Esto es sin duda lo más simpático y ejemplar de aquel esfuerzo de todo un pueblo, capitaneado por tan prestigioso militar como excelente caballero.

No fué ésta sola la labor, porque aquí funcionó la primera escuela de injertadores, se instalaron los primeros viveros, ensayaron las nuevas fórmulas de abonos, se hicieron con excelente resultado económico elaboraciones en común de vinos finos, funcionó la primera trilla-

dora de producción nacional, surcaron las calles de las viñas los más modernos cultivadores, las mejores rejas, nuevos corvos, vinadoras, golondrinas, vibradores y cuantas novedades salían al mercado.

En este incesante trabajar llegó Briones a figurar a la cabeza de los pueblos de la Rioja, y a los quince años, en 1916, tenía cepas suficientes para obtener una cosecha mayor que la de aquellos tiempos florecientes.

Este esfuerzo, digno de hacer a un pueblo rico y feliz, se vió malogrado mientras se realizaba por ataques de mildew, heladas o pedriscos que mermaron las cosechas, siendo regulares las de cereales gracias al buen cultivo y abundancia de abonos; pero se esperaban vendimias abundantes, como era natural en un campo recién plantado y bastante bien atendido, cuando apareció la segunda invasión filoxérica, atacando variedades que constituían la mayor parte de las nuevas viñas, dando al traste con tanta ilusión puesta en ellas.

Desalentados con este revés, agotados sus recursos, unido a la mala cara que traía el tiempo por el lado social, muy pocos se decidieron por enmendar errores o emprender una segunda replantación, contribuyendo a este retraimiento, además de estas circunstancias, la calamidad que se va haciendo crónica, empeñada en arruinar esta jurisdicción: los ya célebres pedriscos de Briones, causa principal de nuestra situación, que no faltan casi ningún verano.

Alguna vez que nos dejaron tranquilos, soñando con reponerse estos sufridos labradores; con las tierras bien abonadas y sembradas en su mayor parte; en junio, cuando en el campo estaba ya puesto todo el sudor de las frentes y el esfuerzo de los brazos; reverdeciendo las viñas florecientes, llenas de promesas y cargadas de frutos; doblándose los sembrados al peso de las espigas y al compás del cierzo, ofreciéndonos la bendición de una abundante cosecha; doradas las cebadas, engrasadas las segadoras, azules de sulfato las hojas y amari- lleando por el azufre los pámpanos, la presencia de una

nube cargada de piedra y bien conducida desde las sierras de San Lorenzo por el ábrego en vistosos jugueteos con el regañón, redujo a la nada en un momento toda esta esperanza, ilusión y riqueza, dejando inertes estos campos desde Valpierre hasta el Ebro, arrancándoles su vida y sembrando una vez más sobre este desgraciado pueblo la desolación y la ruina.

POR MI CUENTA

PROCURANDO no hacerlo demasiado fatigoso, he dividido en épocas todo lo relacionado con el campo y cultivo hasta nuestros días. Antes de pasar a otra cosa, como un descanso en el camino mientras fumo un cigarro, me ocurre al repasarlas que todo lo ocurrido son cosas muy naturales en la vida.

Años florecientes frente a otros llenos de calamidades. Epocas de grandeza, crecimiento, riqueza y esplendor, junto a las de miseria, ruinas y desolación: lo mismo que ocurre a los hombres; también ellos se elevan o descienden, crecen o se achican, ríen o lloran, obedeciendo todos así a las leyes de Dios, al hacer en su gran sabiduría mudables las cosas en esta casa que creó y a la que nos mandó para ser por unos pocos días sus inquilinos.

Yo espero que alguna vez, no sé por quién ni pasado cuánto tiempo, ha de continuar este libro con la vida de Briones desde el punto mismo en que yo lo dejo, y en él seguramente ha de señalar su autor la repetición de lo ocurrido en el famoso siglo XVIII y al comenzar el que vivimos. Un nuevo empujón con más fortuna, que le lleve a su grandeza y prosperidad, porque así debe ocurrir a un pueblo, además de trabajador, con hijos amantes y generosos, en todas las épocas; buena cualidad que fué, es hoy y será siempre, característica de cuantos en él nacen.

Con sobrada belleza la villa, rica su jurisdicción, pasará esta mala racha de plagas y pedriscos, teniendo en lo sucesivo un Estado asegurador de estos riesgos, por merecerlo así todo el campo de España.

Estos lugares, con sus tierras, tienen que ser la principal preocupación de quien desde las alturas del Poder sueña en una nueva Patria desde un también nuevo Madrid; porque completamente distinta en procedimientos ha de ser esta capital, tan acogedora para todos y tan apartada, tan lejos siempre del labrador.

Recuerdo a este propósito uno de los viajes para tratar cuestiones agrícolas a la entonces corte de España por unos cuantos enamorados del campo. Habíamos dado resueltos y casi articulados problemas claros que hubieran aliviado situaciones verdaderamente angustiosas, sin conseguir jamás ser comprendidos. Al tomar el tren de vuelta, un día por cierto muy frío, decían algunos representantes, entre los que figuraban excelentes hijos de esta región: «¡Qué bonito es Madrid! ¡Qué hermosa y encantadora resulta aquí la vida! Pero ¡cuánta incompreensión, qué lejos vive en su frivolidad de las realidades del campo! Si pudiera salvarse la vida de los hombres y la enorme riqueza de su teroso artístico, nada perderíamos los españoles si toda su hermosura y encantador ambiente se lo tragara la tierra.» A este punto llegaba nuestra indignación; así se expresaba aquel grupo de agricultores incompredidos que esperaban una noche de invierno en la estación del Norte el exprés de Irún.

Había de llevarnos tan lejos el tratar de estos problemas que están fuera de mi propósito y del objeto de este libro, que termino exponiendo únicamente una lamentable situación, sintiendo en el alma no se pongan en práctica, para bien de todos, medidas sobradamente conocidas, que tanto podrían aliviar no sólo a este pueblo, sino a los muchísimos de España sumidos en la miseria por frecuentes calamidades.

Estos lugares que viven tan atrasados económicamente,

tienen sobre su desgracia la gran carga de pagar sus atenciones y tributos con enormes recargos; han de mendigar lo más necesario para el cultivo, a cambio muchas veces de letras firmadas en blanco, seguros de malvender sus cosechas al vencimiento; labran a destiempo y hacen siembras sin abonos, a sabiendas de ser ruinosas; falsean las leyes en contra de sus intereses, costándoles todo esto mucho más que la materialidad del vivir, con todas las privaciones y disgustos que crean estas angustiosas situaciones.

Ello contribuye, en primer lugar, al loco afán de las gentes por huir de los pueblos. Crecerán las poblaciones todas en mayor proporción cada día, a costa de estos pobres lugares, que a su natural tristeza agregan la prestada por un continuo desfile de curiales, investigadores y agentes ejecutivos. Todo contribuye a verse cada día más abandonados, soñando los que quedan y especialmente la juventud, en la floreciente riqueza del comercio, la vida próspera de sus industrias, los naturales encantos de esas bonitas ciudades, cada día más cuidadas; tan atrayentes, tan lindas, tan acariciadoras, que hasta sus defectos y miserias saben ocultar, mostrándose a la radiante luz de potentes focos eléctricos, que nos deslumbran al reflejar en las rectas calles asfaltadas y cuando se meten entre la espesura de sus cuidados y bellos jardines.

HIJOS ILUSTRES

TODAS las biografías de los primeros años están tomadas de la *Galería de riojanos ilustres* del gran cronista de la Rioja el inolvidable Garrán, cuyos escritos me proporcionaron muchos datos para este libro, comenzando las mías en los nacidos después del 1800, en el punto que él terminó.

Reconozco lo pesado de su lectura, la fatiga de tanta

página igual; pero no es justo olvidar a nadie, y podía parecer capricho suprimir algunos.

Procuró dar algún saltito, por no hacerlo interminable, que así hay que andar por estas arideces imposibles de amenizar, y para remediarlo no conozco más medicina que pasarlo por alto, o la santa paciencia que a todos mis lectores deseo.

MARTÍN y PEDRO DE IRCIO

ESTOS hermanos, naturales de Briones, fueron hijos de Pedro Sáenz de Ircio, alcaide de la fortaleza de San Vicente de la Sonsierra, y de Juana Jiménez de Rivafrecha.

Compañeros de Hernán Cortés en la conquista de Méjico, fundaron en esta villa que les vió nacer una de las capillas más bonitas de nuestra iglesia, que dedicaron a la Purísima Concepción.

Al hablar de ella decimos cuanto sabemos de estos ilustres hijosdalgos de Briones.

JUAN DE BRIONES

Repostero mayor del rey Enrique IV

EN un testimonio dado por Pedro Cuello, escribano de cámara del rey y su notario público, fechado en Segovia el 13 de agosto de 1471 y en una carta de Enrique IV hecha en la misma ciudad el 12 de ese mismo mes y año, se hacía constar: que para hacer merced al Concejo, alcaldes, regidores, caballeros, escuderos, oficiales, alguaciles y a todos los hombres buenos vecinos y moradores en Briones o sus arrabales, para que dicha villa fuese más ennoblecida y porque así se lo suplicó su criado y repostero mayor, Juan de Briones, tuvo por bien el rey dejarla libre de cualquier género y moneda que por dicho monarca y todos sus legítimos sucesores se hiciesen a la expresada villa.

Mucho valer para con el rey tenía este hijo del pueblo, que nació de D. Sancho de la Torre y de D.^a Inés Terreros.

De él habla mucho, mencionándolo en sus escritos, el beneficiado Arévalo, y en otros documentos se hace constar la carta de dote de D.^a María Alonso Giménez, que fué su mujer, otorgada el 26 de marzo de 1508 ante el escribano Juan Fernández.

DON RODRIGO TENORIO Y ROJAS

Protonotario apostólico

HIJO de Juan Tenorio, primer gobernador de Briones por la casa Girón, y de Isabel de Rojas, fué fundador de la capilla de la Visitación de Nuestra Señora.

Al hacer historia de ella nos ocupamos de este ilustre hijo del pueblo.

DON ANTONIO DE VILLEGAS

Magistral de Jaén

COLEGIAL teólogo de Alcalá, estaba ya graduado de bachiller en Teología y maestro en Artes cuando le recibieron colegial en el Viejo de San Bartolomé, de Salamanca, el 11 de noviembre de 1533.

Al poco tiempo llevó cátedra de curso de Artes y otra de Filosofía, para ser luego recibido como licenciado en Sagrada Teología y salir del Colegio por capellán de la Real de Granada. En ésta se graduó de doctor, volviendo a Salamanca, donde vivió con el cardenal Siliceo hasta 1552, en que ganó la canonjía magistral de Jaén, donde murió en 1569.

En su testamento distribuía su hacienda y numerario entre una manda para que se graduase un sobrino, cuyo nombre no menciona; otra parte para la iglesia de Santa Eulalia, en la villa de Peñalver de la Alcarria, además de un cáliz y una patena. Destinaba cierta canti-

dad para alimentar la lámpara de Nuestra Señora de Toloño, ermita que estaba situada en la sierra de este nombre frente a nuestra villa, y por último, una cuarta parte de su patrimonio para la iglesia de Briones. El remanente de su fortuna, para una fundación de dotes de diez mil maravedís cada uno, destinado a casar doncellas pobres, en la medida que alcanzaran las rentas.

Dice el Marqués de Alventos que otros muchos colegiales del Mayor de Alcalá llevaron el apellido Villegas, siendo todos insignes por sus letras y virtud, y que si algunos nacieron en Madrid, la mayor parte eran originarios de Briones y deudos de D. Antonio.

EL LICENCIADO VICIO

Vicario general del Obispado de Calahorra

FUÉ D. Francisco López de Vicio, hijo de Lorenzo y María, todos naturales de Briones.

Canónigo de Santo Domingo de la Calzada, llegó a vicario general de la diócesis por el obispo D. Juan de Quiñones.

En su deseo de legar a su pueblo una piadosa memoria, fundó una capilla en esta iglesia, dedicada a la Presentación de la Virgen María, de la que hablamos en el capítulo correspondiente, dejando al morir una manda para construir su hermosa sacristía.

Costeó además el magnífico retablo, obra del insigne artista Pedro Arbulo de Marguete, en el altar a la derecha de su capilla.

DON SEBASTIÁN ROMERINO

Comisario de la Santa Inquisición

VIVIÓ en los últimos años del siglo xv y primeros del xvi, teniendo una intervención tan activa en la construcción de esta iglesia, que fué el encargado en 1527

de tomar a nombre del Patronato un censo para continuar las obras.

En el incidente ocurrido entre el Arciprestazgo y el Papa Julio III, que lo puso en entredicho, él desempeñó el principal papel.

Con el carácter de comisario notario apostólico, intervino en todo lo relacionado con la ermita levantada en la mojonera de San Vicente de la Sonsierra.

No pudo ver terminadas las obras por las que tanto se interesó, ya que las últimas piedras de la parroquia se colocaron quince años después de su muerte.

Aún existe parte de la fachada de la casa que vivió este señor. En la plaza, lindando a la que es hoy propiedad de los hijos de Gallego, a la que daba entrada una calleja pública convertida en patio, hay sobre la puerta, grabada en piedra, una inscripción que dice:

ESTA CASA LA DEJÓ SEBASTIÁN ROMERINO,
COMISARIO DE LA SANTA INQUISICIÓN. AÑO 1530

DON JUAN ARIAS ROMERINO
Capitán del rey Felipe III

EN 1560 nació este valiente capitán de Felipe III. Fueron sus padres Diego y Francisca, y después de alcaide de la fortaleza de Briones, llegó a ser tan bravo militar que el rey le dió una carta de recomendación para el Archiduque Alberto, pidiéndole lo empleara en la campaña de Flandes y haciendo en ella los más grandes elogios de nuestro paisano.

EL H. JUAN DE BRIONES
De la Compañía de Jesús

POR lo curioso de la vida ejemplar de este buen hijo de Briones y en atención a que los humildes merecen ser ensalzados, esta biografía del modesto pastor la

copia Garrán tal cual aparece en el libro *Varones ilustres de la Compañía*, por el P. Juan Eusebio Nieremberg, en su tomo primero.

Dada su mucha extensión, me limitó a consignar que el H. Juan de Briones, siendo pastor, entró en la Compañía el año 1564, siendo entre otras excelencias que tuvo la más señalada su gran devoción a las Santísima Madre María.

Cuidaba ovejas, cuando en una tienda vió un buen día la imagen de Nuestra Señora, pareciéndole que le hacía señas con la cabeza y le llamaba. Pidió dinero a su amo para comprarla, y cada día, al tiempo de repasar su ganado, la ponía en un árbol con muchas ramas y flores, rezaba el Rosario, leía una hoja del *Contemptus mundi*, para luego con una devota sencillez tañer su rabel bailando lleno de gozo.

No sabiendo leer por ser rústico, concertóse con un muchacho de la escuela para darle lección, recomendándole tirarle de las orejas en sus torpezas, y permaneciendo de rodillas en servicio de la Virgen.

Hasta ingresar en la Compañía, donde había de brillar por sus grandes y raras virtudes, dejaba la soldada para sus padres, que eran muy pobres.

Con frecuencia usaba de algunas sentencias del *Contemptus mundi*, que sabía casi de memoria, siendo su penitencia continua con cilicios muy ásperos, recias disciplinas y otras muchas mortificaciones públicas o secretas, pasando la vida en continua oración.

Entre otros dones, tuvo siempre en su alma una paz y serenidad admirables, sin que jamás le viera nadie enojado ni turbado.

Murió santamente en la casa de Probación de Navalcarnero en enero de 1580, enterrándosele en la capilla Mayor de la iglesia parroquial de aquel pueblo.

HERNANDO DE MORILLAS

Distinguido arquitecto

NACIÓ el 11 de junio de 1593, y fueron sus padres Hernando de Morillas y Eulalia Vélez.

Sin muchos datos de este artista, prueba de su nombradía es sin duda el encargo que le confió el Cabildo de Burgos.

El coro célebre de aquella catedral, la hermosa filigrana tan justamente admirada, con aquella suntuosa sillería construida por el gran escultor Felipe Vigarni, el Borgoñón, en los años de 1507 a 1512, tuvo una gran grieta en su parte posterior, hasta 1604, en que el arzobispo Sr. Zapata decidió cerrarla, costeando las obras.

Preocupaba mucho esta reparación, y pasaron unos años en visitas de técnicos, estudios, etc., hasta que la fama de este ilustre arquitecto llegó hasta la notable catedral orgullo de Castilla y de España, y el arzobispo Zapata le llamó para que diera su dictamen e interviniera en aquella obra tan delicada.

En la *Historia del templo de la Catedral de Burgos*, de que es autor el Sr. Martínez y Sanz, se hace mención de esta maravilla y grandes elogios, especialmente de las sillas de la testera, que aunque algo más modernas son de mayor mérito, y el que Morillas fuera el encargado de reparar lo que amenazaba destruir tan suntuoso coro, demuestra la celebridad y competencia de nuestro ilustre paisano.

JUAN ALVARADO

Famoso escultor

POR su originalidad, copio la fe de bautismo de este gran artista:

«Septiembre de 1566. En seis días de dicho mes, yo, el cura Herrera, bauticé un hijo de Juan Alvarado y

María, su mujer. Pusieronle de nombre Juan, y fueron sus padrinos Juan de Ibarra, vecino de Gimileo, y Francisca la Mesonera. Por ser verdad, lo firma de mi nombre. Juan López Herrera.»

Fué un escultor tan notable, que entre los muchos publicistas que se ocupan de él figura el Sr. Gómez, que tanto lo elogia en su memoria biográfica.

Entre las muchas obras de su incesante labor figura el retablo del desaparecido monasterio de la Estrella, cuando era prior fray Martín de Huércanos, y que debió tener primorosas esculturas del mejor gusto artístico.

FRAY PEDRO DE PEREA
Primer obispo de Arequipa

AL hacer historia de la Capilla del Sagrario, de la que fué fundador, decimos de la vida del ilustre hijo del pueblo.

Hijo de Francisco de Perea y Catalina Díaz de Medina, nació el mes de febrero de 1565.

Cinó la correa de San Agustín en Burgos, profesando en manos del prior y maestro fray Francisco de Carrión, sin que su brillante carrera le hiciera olvidar al pueblo que tanto demostró querer.

DON ANDRÉS DE VILLEGAS

NACIÓ en 1568, y fueron sus padres el licenciado Villegas y D.^a Beatriz Castillo.

Beneficiado de esta iglesia, llegó después a comisario de la Santa Inquisición de Navarra, teniendo su residencia en Logroño.

Como todos los Villegas, según asegura el Marqués de Alventos, fué hombre de gran virtud y gozaba fama de sabio.

DON PEDRO VERBERANA Y APIMEGUI

Alcaide de Briones

FUÉ un ilustre prócer, hijo de Juan y Ana, que nació el 1582.

El rey Felipe IV le nombró alcaide de esta fortaleza y regidor perpetuo de la villa.

A instancia suya, se concedió a este pueblo los mercados de los lunes, que durante unos años se vieron animadísimos.

Era caballero de la Orden Militar de Calatrava y señor de la villa de Tabuérniga.

En su testamento, hecho en Madrid ante el notario Pedro Morales Pannuevo, dejaba para tres capellanías que fundó en ésta: dos para la misa de alba y otra para la de doce, nombrando patronos al alcalde, párroco y alcaide de esta fortaleza.

Mandaba para la parroquia una lámpara de plata de quinientos ducados. A la ermita del Santo Cristo de los Remedios, otra de trescientos, y dos hachas de cera para que acompañasen al Santísimo. La última disposición comprendía dar al cura un real siempre que fuese llevado el Santo Viático a enfermos, para que encargase a los concurrentes rogar a Dios por su alma.

La villa de Tabuérniga la mandaba a su sobrino Gregorio Ruiz de Verberana y descendientes, y en su falta al pueblo de Briones.

La Alcaldía de la fortaleza la legaba a su otro sobrino Diego Arias de Verberana, encargándole cediera a la villa voz y voto.

En un codicilio otorgado en Madrid ante el mismo notario, legó dos láminas de plata repujada y dos espejos para la sacristía, y dejó ordenado lo trajeran a sepultar a este pueblo, al que tanto demostró querer.

DON JUAN CASTREJANA DE LAS CUEVAS

HIJO de Pedro y María, nació el 1620 y fué contador de la Santa Inquisición de Toledo. Fundador de la capilla del Santo Cristo de los Remedios, al hacer su historia hablamos de este virtuoso y buen hijo de Briones.

DON ANTONIO BERGADO

Inquisidor de Cuenca

NACIÓ en 1648, y fué colegial de los Verdes de Alcalá y beneficiado de esta iglesia, hasta llegar a provisor de la diócesis de Málaga, con el título también de inquisidor de Valencia.

Ingresó en el Colegio Mayor de Valladolid el 10 de julio de 1681 y en mayo de 1684 el inquisidor general le dió plaza de inquisidor de Cuenca. Al poco tiempo, el cardenal arzobispo de Toledo le nombraba canónigo de la Santa Iglesia Primada, que sirvió nueve años.

En 1694 le dió la cámara el arcediano titular de Calahorra, por lo que dejó la prevenda de Toledo, y en este cargo murió el 1704.

EL LICENCIADO PEDRO DE CEBALLOS

BENEFICIADO de esta iglesia, fué nombrado comisario del Santo Oficio y presidente de Granada. Amante de su pueblo, el 27 de noviembre de 1673, poco días antes de su muerte, fundó una capellanía por testimonio de Juan Azandoi, notario de ésta.

DON PEDRO DE SALAS Y PEDROSO

NACIÓ en 1608, siendo también beneficiado de esta iglesia, de donde pasó a Cartagena de Indias a desempeñar importantes cargos, de cuyos ingresos destinaba

una parte para mantener constantemente encendidos seis hacheros, iluminando la exposición del Santísimo Sacramento de esta parroquia, donde le bautizaron.

LA FAMILIA MECOLAETA

EL Rdo. P. fray Bernardo de Mecolaeta, hijo de Pedro y de D.^a Manuela Gutiérrez de Córdoba, era nieto, por línea paterna, del licenciado D. Andrés y de D.^a María Salcedo, y por la materna, de D. Juan y de la distinguida señora D.^a María Ana de Villodas.

Nacido el 24 de agosto de 1681, escribió diferentes y muy notables obras místicas. En 1741 era predicador general de la Orden benedictina, habiendo desempeñado antes cargos tan importantes como el de abad del real monasterio de San Millán de la Cogolla y definidor general de la Congregación de España.

Un sobrino suyo, el P. fray Diego, fué autor de la *Historia del monasterio de San Millán* siendo abad su tío.

Esta obra, editada por Mojados, en Madrid, el año 1728, es el libro más completo publicado sobre el famoso monasterio, según se consigna en la *Biografía Eclesiástica*, en una memoria de este sabio.

Otro Mecolaeta, D. Andrés, fué un distinguido abogado, que como toda esta familia nació en este pueblo y en él murieron la mayor parte.

DON MARTÍN VILLARTA

NACIÓ en 1613, y fué uno de los grandes señores de Briones.

Pertenecía a familia muy aristócrata y era caballero de Calatrava. Se distinguió por su extremada generosi-

dad, y debió pasar su vida dispensando favores y caridades sin cuento.

El año 1694 hizo regalos magníficos a la iglesia, figurando entre ellos el de cuatrocientas onzas de plata.

DON JUAN MARTÍN DE RODEZNO

Obispo de Badajoz

BENEFICIADO de esta iglesia, ganó una canonjía en la Primada de Toledo, y nombrado obispo de Badajoz, en cuya ciudad murió el 12 de enero de 1703.

No se olvidó de su pueblo, al que continuamente obsequió con buen número de obras benéficas.

En una de las ocasiones mandó cien ducados a esta parroquia.

DON FRANCISCO DE ONTIVEROS BAÑUELOS

Capitán del famoso Tercio de Briones

NACIÓ el 2 de noviembre de 1666, siendo sus padres Domingo y Margarita.

Muy aficionado a las armas, de una gran decisión y coraje, se distinguió notablemente en la guerra contra Portugal en 1704, luchando con mucha bravura como capitán de milicias antiguas.

Entusiasta de su pueblo, fundó un Tercio, que se denominó de Briones y su partido, dejando un buen recuerdo de su actuación y llegando a ser temido en las muchas acciones en que intervino, siendo la más destacada la de la célebre batalla de Ciudad Rodrigo, donde dejó memoria de su brillantísima intervención.

Siento no poder completar su biografía, ya que no tengo más noticias, después de las luchas allí desarrolladas, del gran capitán que mandó el Tercio de Briones y su partido.

DON MELCHIOR DE NAVARRETE
Gobernador de la Florida

HIJO de Francisco de Navarrete y de D.^a Josefa de Bujanda, nació el 17 de enero de 1693.

Caballero del Hábito de Santiago, fué mariscal de campo en 1753, virrey de Cartagena de Indias y, por último, gobernador de la Florida.

En 1737 ocupaba el cargo de procurador del estado noble de esta villa de Briones.

No olvidó, deslumbrado por tan brillantes cargos, a su pueblo, ya que desde las más lejanas tierras enviaba continuamente regalos espléndidos, y todas sus vacaciones las pasaba en Briones.

Una de las cosas más bonitas que en una ocasión mandó para esta iglesia fué una lámpara que costó cuarenta y cinco mil reales.

EL PRIMER MARQUÉS DE SAN NICOLÁS

HIJO de D. Esteban Francia y de D.^a Juana Pascual, nació el 1696.

El 14 de diciembre de 1744 se le concedieron honores de ministro del Tribunal de Cuentas, e ingresó en la Orden Militar de Santiago.

En 27 de abril de 1745 juraba el cargo de ministro de capa y espada en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, de San Francisco de Paula, de Madrid, y al año siguiente era procurador del estado noble de Briones.

Entablada entonces una contienda con el estado general, fué árbitro con el Conde de Osuna, consiguiendo resolverla pacíficamente, interviniendo en asuntos de la villa hasta el 8 de junio de 1746, en que fué nombrado tesorero de la Armada.

El 1761 se le concedió el título de Marqués de San

Nicolás, que a su muerte lo heredó su sobrino D. Esteban de Francia, juntamente con el mayorazgo.

Al final de su vida desempeñó la Tesorería General del Reino, que en aquella época tenía la mayor importancia, ya que es una verdad en la que coinciden todos los cronistas que fué el único tiempo en el que España tuvo tesoro.

Estaba casado desde 1724 con D.^a Juana Ricalde, y era tan piadoso, que aparte la gran atención que prestó a los pobres, hizo incontables donativos, entre los que figuran: doce mil reales para la torre, y seis mil para el hospital; tres hermosas efigies, para la ermita del Santo Cristo, talladas en Santo Domingo de la Calzada, y entre las muchas obras que realizó, figura el célebre paseo de las «Cuarenta», en su paso por la Alcaldía del pueblo, que también desempeñó.

*

* *

Muchos personajes que merecen citarse nacieron en el lugar en este final del siglo xvii. Entre ellos figuran don Francisco de Rodezno, maestro escuela de Plasencia; Francisco de Arandia, comisario del Santo Oficio; Juan Castrejana, procurador del estado Noble y tesorero de Rentas; Bernardo Samaniego Ontiveros, arcediano de Bilbao; el P. Juan Bautista Arias, célebre jesuita; fray Francisco de Vicuña y otros que no consignamos por no hacer interminable este capítulo. Merece un lugar aparte D. Juan Ortega y Caballero, artista eminente, que aparte otras muchas obras que le dieron gran fama, hizo la sillera alta y baja del coro de esta iglesia, con sus magníficos relieves, y que según consta en su partida de defunción murió el 14 de abril de 1734. Con esto pasamos a los que nacieron en el siglo xviii.

DON JOSÉ FRANCISCO DE VIANA Y SÁENZ DE VILLAVERDE

HIJO de Francisco y Magdalena, señor de Santa Pía, arcipreste de Nájera y abad de Santa Cristina, nació el 1717.

Dejó por albacea a su hermano el Conde de Tapa, que vivió muchos años en ésta, interviniendo activamente en las muchas obras que entonces se realizaron, entre las que figuran la casa en que vivo, que comenzó a construirla con mi abuela D.^a Antonia de Viana.

DON JOSÉ JOAQUÍN ARIAS Y GOVANTES

NACIÓ el 1727, y fué colegial del Mayor de Valladolid, beneficiado de Briones, inquisidor de Sevilla y después de Granada.

Generoso y amante de su pueblo, hizo por su cuenta, entre otras obras, el cancel de la puerta de la iglesia, uno de los púlpitos y los dos guardavoces.

REVERENDO P. CHAVARRÍA

GRAN teólogo, general de la Orden de los Premostratenses, fué autor de la famosa obra *Biblioteca Manuscrita de Escritores de la Rioja*. Falleció el 1809, dejando gran fama de afición al estudio y, sobre todo, de unas costumbres verdaderamente ejemplares.

DON ANDRÉS DE IBARRA

HIJO de Domingo y de Polonia Pedroso, nació el 6 de febrero de 1735.

Marchó a América, donde en un incesante trabajo alcanzó una gran posición económica y social. Allí se caso

con una hija del Conde de Sussín y Vizconde de las Vacas.

En este pueblo se conservaba una carta suya, según Garrán, el año 1889. Debió tenerla una parienta suya llamada Sinforosa, que marchó con su familia a Buenos Aires.

Estaba fechada en su hacienda de Aviñito el 4 de noviembre de 1794, y dirigida a su hermano Joaquín. Con ella le mandaba cuatro mil quinientos pesos para distribuir entre la familia, y un cáliz con patena, platillo, vinajeras y campanilla, todo de oro, además de seis hermosos candelabros de plata, con destino a la capilla del Cristo de los Remedios. De su patrón. Porque así lo llamaba siempre.

En otro buque, por mediación de los corresponsales José Vicente de Alloqui, de Méjico; Miguel Lizardi, de Veracruz, y Joaquín Ibarluceaolacoa, de Cádiz, remitía cincuenta y cuatro mil pesos para que los conservaran sus hermanos Joaquín y María, hasta recibir órdenes del destino que habían de darles.

Rogaba a este hermano que le enviara a su hijo Andrés Ibarra Salazar, que efectivamente marchó y murió al poco tiempo de llegar a Méjico, el 11 de noviembre de 1811, cuando comenzaba a ser una nueva esperanza para su pueblo, al que quería tanto como su tío.

Al hacer la historia del hermoso paseo del Santo Cristo, como al hablar de la ermita a la que tan magníficos regalos hizo, nos ocupamos de este generosísimo hijo de Briones.

FRAY PEDRO DE FRANCIA Y MENDOZA

NACIÓ en 1741, y después de guardián del convento de San Francisco de Belorado, fué definidor general de la Orden Seráfica.

Cuando la primera exclaustración, se retiró a Briones con su familia, y vivió tan ejemplarísimamente, que a todos edificaba por su austeridad y grandes virtudes.

Murió el 22 de diciembre de 1810, expirando en el suelo, conforme al espíritu de su Regla, haciéndole el cabildo suntuosos funerales, en los que tomó parte el pueblo entero y la magnífica capilla de esta iglesia.

DON JUAN ANTONIO MURILLA Y ONTIVEROS

HIJO de Juan Manuel y Manuela, nacido en 1741, fué uno de los más eminentes jurisconsultos del Colegio de Abogados de Madrid. Estaba casado con D.^a Antonia Fernández de Velasco, natural de Valladolid.

Murió el 1814.

DON DIEGO JOSÉ DE ARIAS Y URBINA

BENEFICIADO de esta iglesia, amantísimo de su pueblo, donó para Beneficencia el magnífico edificio donde están instaladas las escuelas, situado en uno de los sitios de más belleza de la villa, rodeado del hermoso paseo que construyó D. Andrés de Ibarra.

Apadrinó el bautismo a su pariente D. José de Arias Paternina, que había de ser un gran personaje, el 14 de noviembre de 1748.

Este señor, que ingresó en el Cuerpo Jurídico de la Armada, después de auditor fué ministro togado del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y estuvo condecorado con la gran cruz de Carlos III.

Murió en 1808, y son sus descendientes los Paterninas de Ollauri. Don Juan Ramón de Arias era abuelo de D. Eduardo Paternina, Marqués de Terán.

DON JUAN MANUEL DE FRANCIA Y HUÉRCAMOS

HIJO de Juan y María Santos, y nacido el 1742, era a los veinte años procurador por el estado noble de esta villa. Caballero del Hábito de Santiago, fué caballero de campo de Su Majestad.

DON FERNANDO BERGADO

BENEFICIADO de esta iglesia, se distinguió notablemente por su generosidad y un gran entusiasmo por las cosas de su pueblo.

En 1791 costeó el decorado y pintura de las hermosa sacristía, encargando de las obras al insigne artista burgalés Juan Gallardo.

A su muerte dejó para la iglesia alhajas valoradas en más de setenta mil reales.

DON FELIPE SANTIAGO BENTROSA Y MURILLAS

FUERON sus padres Francisco y María de los Afligidos, y nació el 1.º de mayo de 1802.

Beneficiado de esta iglesia hasta 1843, pasó a Burgos, donde ejerció el cargo de gobernador de la archidiócesis los tres años que estuvo vacante la Sede, desde el Ilmo. Sr. Rivas al P. Cirilo.

En 1851 fué nombrado dean de Barcelona, y dos años después, arcediano de Valladolid.

A pesar de su vida relativamente corta, pudo ser obispo, ya que Olozaga, gran amigo y admirado de su talento y virtudes, quiso promoverle para tan alta dignidad. Su modestia le hizo rechazar puesto de tanta altura.



Pasamos por alto, como hicimos en otra ocasión, algunos hijos del pueblo que se distinguieron en este comienzo del siglo XIX.

Citaremos los nombres de Aranas, Villodas, Marrón, Muñoz, Bergado, Oña y Lacaso, famosos licenciados, canónigos y beneficiados, para sin hacernos pesados llegar a nuestros días.

DON JUAN DE FRANCIA

Célebre alcalde

JUAN Agustín de Francia, hijo de Benito y Bernarda Bañuelos, nació el 4 de mayo de 1810.

Médico muy joven, ingresó en el Ejército, dejando de su profesión y gran trato social la mejor memoria en cuantos lugares vivió.

Encariñadísimo con su pueblo, donde pasaba todos sus permisos, aquí se instaló al dejar la carrera, en los años florecientes de Briones. Entre tanta y tan buena sociedad, hizo un brillantísimo papel, organizando fiestas benéficas y funciones teatrales, en las que se reveló como un gran actor.

Viejo ya, se le aclamó como alcalde, y era tal su conocimiento de la vida, el gusto para hacer cosas, su concepto de la justicia, que a pesar de ser raro el vecino a quien no alcanzaran sus sanciones, el pueblo entero pedía su continuación al cesar su mandato. Fatigado por la edad, no accedió a estos deseos.

Muy ocurrente, tenía en su amenísima conversación un cuento para cada cosa, y aún se recuerdan algunos por esta generación, en la que quedan muy pocos que tuvieron las suerte de tratar y conocer al gran alcalde de Briones.

Estuvo casado con su sobrina D.^a Romualda Francia, señora muy virtuosa que dejó en su testamento bienes para sostener con sus intereses la misa de doce que se dice desde tiempo inmemorial los domingos y días festivos en esta parroquia.

DON JUAN JOSÉ BERGARECHE

Gran maestro

EN esta Humanidad desagradecida habrá pocos casos como este de Bergareche; pero es lo cierto que cuantos fueron a su escuela le recuerdan y le bendicen.

Amante de todos, buenísimo y de los mejores sentimientos, nadie lo imaginara así en aquella severidad norma de sus actos, en aquel señor tan serio colocado detrás del pupitre con una varita en las manos.

No sé si la varita tendría tan mágicas virtudes que hiciera brotar la inteligencia de las más duras molleras, pero es verdad que en aquella escuela todos sabían mucho, y aquel hombre era tan querido como respetado.

Tan buen recuerdo queda de esta labor, que hoy bendicen su nombre discípulos y familias modestísimas, convencidas de no haber alcanzado sin él su brillante puesto o gran bienestar.

Hasta su trágica muerte dejó al descubierto aquella conciencia. En lucha el deber y su bondad, incapaz de mentir tanto como de hacer mal a nadie, sacrificó su propia vida, que tanto estimaba, a pesar de su arraigada fe.

Agradecido el pueblo y para perpetuar su memoria, dió a una calle principal el nombre del gran maestro D. Juan José Bergareche.

DON JOAQUÍN MOSCOSO DEL PRADO ROZAS

HIJO de Fermín y María, nació el año 1837, haciendo la carrera de abogado en Madrid, donde se doctoró brillantísimamente.

Hizo oposiciones a las primeras plazas del Estado anunciadas, en las que alcanzó el primer puesto, viéndose al poco tiempo cesante por una Real Orden. En nombre de sus compañeros afectados por esta disposición, entabló un recurso de tan gran resonancia que estuvo pendiente de su resultado el mundo político y jurídico.

Contendiendo con los abogados de más fama y venciendo la presión ministerial, la sentencia fué completamente favorable, dándole tan resonante triunfo el título de eminencia. Grandes figuras, entre las que figu-

raba D. Gumersindo Azcárate, trataron de convencerle para abrir bufete en Madrid; pero su gran modestia y cariño a los suyos le llevaron a unas oposiciones a Registros, donde obtuvo su primera plaza para el de la Propiedad de Valencia, del que pasó a Zaragoza y últimamente al de Bilbao.

Ni un solo día de su vida dejó de trabajar, traduciendo muchos libros notables y editando algunos, como el referente a la Ley hipotecaria, que no faltaba en ningún bufete como obra de consulta y del que se hicieron varias ediciones.

Hablaba francés y muy bien el italiano y latín, y estaba condecorado con la banda y gran cruz de Carlos III.

Contribuyó mucho a fomentar la riqueza de este pueblo, siendo uno de los primeros en replantar su hacienda, facilitando la instalación de la primera trilladora, elaborando vinos finos y practicando sin mucho ruido la verdadera caridad. Su puerta estuvo abierta a todos los pobres, atendiendo a muchos vergonzantes, a quienes asignó pensiones e hizo llegar limosnas escondiendo las manos.

Pasó grandes temporadas y hasta algunos años aquí, donde tan feliz se sentía, recibiendo en su casa las célebres cuadrillas del segundo día del Cristo —desgraciadamente desaparecidas—, asistiendo al paseo señor de la cerca del Toro; a las grandes solemnidades, vestido de «chaquet»; a las procesiones, llevando el pendón del Santísimo, y a todo lo que supondría tradición o buenas costumbres de su pueblo.

En Madrid, rodeado de su ejemplar familia, en el encantador ambiente de esas casas habitadas por señores y en las que reina Dios, murió en diciembre de 1917 este hijo ilustre de Briones, que pasó por el mundo derramando el bien, practicando la verdadera caridad, procurando ocultar su gran talento en la amabilidad de su exquisito trato, en su extremada modestia y en aquellas maneras naturales del verdadero señor.

DON FERMÍN MOSCOSO DEL PRADO ROZAS

HERMANO de Joaquín, nació el 7 de julio de 1842, cursando la carrera de abogado, siendo unos años juez municipal de Briones, donde se casó con D.^a Petra García Baquero.

Ocupó el cargo de fiscal en Altea, Orense y Vitoria; el de presidente de Audiencia en Bilbao, y magistrado en La Coruña.

Inteligente y de gran conciencia, rindió especial culto a la Justicia, y así lo reconocieron los que solo por un momento pudieron tenerle por enemigo.

Extremadamente sociable, de humor excelente, tuvo entre algunos buenos vicios el de leer y viajar, recordando con su feliz memoria en su amena conversación los más pequeños detalles de lo mucho que había visto y estudiado en su vida.

Le encantaba la buena música, el teatro, el tabaco y las mesas bien servidas; llamando la atención del rey Alfonso XIII en una de sus frecuentes visitas a Bilbao, quien exclamó al final de un banquete: «¡Cómo fuma, cómo come y cómo bebe este presidente!»

Pasaba muchas temporadas en este pueblo, al que quería de veras, considerándose el hombre feliz en el coro de la iglesia acompañando al sochantre, dirigiendo la orquesta y cantando todos los solos.

De su dinamismo da prueba esta hoja de calendario que le dedicaron unos periodista de Zaragoza siendo fiscal de Altea:

En el anverso se lee:

«1842. Nace en Briones el fiscal de Altea D. Fermín Moscoso del Prado, célebre músico, ingeniero, abogado y miliciano nacional.»

Al otro lado dice así :

« P R O B L E M A

La otra tarde en el templo del Pilar
a Moscoso una Salve oí cantar.

Un día de la Audiencia, en los escaños,
le oí pedir cincuenta y tantos años.

En casa de un amigo que es topógrafo
maneja el teodolito y el pantógrafo.

Si coge entre sus manos una bota,
inteligencia y afición denota.

Con igual competencia trata, pródigo,
batuta, bota, lapicero y Código.

Escudriñar la Historia
y dejar claramente consignado
en patente y limpia ejecutoria
si Moscoso del Prado
es músico, ingeniero o abogado,
o si, cual aseguran los ladinos,
es simplemente *catador de vinos.*»

Conservando en los últimos días estos rasgos de su vida feliz, murió, en Madrid, el 1934, a las noventa y dos años.

DON PEDRO GOVANTES

Conde de Albay

No nació aquí, pero fué hijo adoptivo del pueblo, donde vivieron la mayor parte de sus antepasados. Pasó los primeros años en Filipinas, donde su padre fué gobernador de una de aquellas islas, cursando la ca-

rrera de abogado, para tener después mucha intervención en política.

Diputado a Cortes por Morella y senador del Reino, llegó a subsecretario en un Gobierno que presidió su tío, el general Azcárraga.

Amante de este pueblo, en el que tenía una bonita hacienda, fué el primero en replantar sus viñas y secundar a Quincoces en su hermosa labor, contribuyendo a resolver nuestros problemas.

Agradecidos estos vecinos, le nombraron hijo adoptivo y dieron su nombre a la calle en que vivía.

DON JUAN JOSÉ DÍAZ QUINCOCES

HLJO de José y Petra, nació el 13 de diciembre de 1866, distinguiéndose desde chico por su gran aplicación y haciendo con uno de los primeros números su ingreso en la Academia Militar de Artillería.

Siendo teniente, se casó con D.^a Rosario Lizana, también de Briones, perteneciente a una de las más distinguidas familias y de un gran trato social.

Estando de guarnición en Burgos el 1900, al presentarse la plaga filoxérica estudió en obras francesas el proceso de esta enfermedad, y bien impuesto de lo que convenía hacer, se trasladó a este pueblo con su familia, siendo su trabajo aquí digno del mayor encomio.

Venciendo muchas dificultades, llevó a feliz término su labor, y hasta los más incrédulos tuvieron que rendirse ante su ejemplo y los razonamientos de su elocuente palabra.

De todo ello hablamos al tratar de plantaciones en esta jurisdicción; pero tuvo otras actividades, como la reorganización de la capilla de esta iglesia, notable bajo su dirección; el arreglo de caminos; la banda municipal, que tan buen papel desempeñó en reñidos concursos; las obras del cementerio y cuantas mejoras se realizaron.

Su casa, además de paño de lágrimas en toda necesidad y centro de consulta gratuita, fué lugar de reunión que recordarán siempre cuantos asistieron a aquellas inolvidables tertulias.

Mandando el 12 regimiento, de guarnición en Logroño, el 1924 murió este insigne hijo de Briones, dejando el mejor recuerdo en su vida social como entre sus compañeros, que siempre le consideraron como uno de los más ilustres jefes del brillante Cuerpo.

Reconocido el pueblo a tanto favor, le nombró hijo predilecto, dando su nombre a la plaza principal, donde desgraciadamente no luce ya aquella placa tan merecidamente dedicada.

DON RICARDO DE FRANCIA

Marqués de San Nicolás

Lo incluyo entre los hijos del pueblo sin haber nacido aquí, por haber sido adoptivo y considerar que pocos habrán ostentado este título con más propiedad.

Caballero en el vivir como en su comportamiento, afable en su trato y elegante su figura, era el marco más apropiado a tal señor la suntuosidad de su casa y las calles del lugar. El pueblo le veía complacido y el Marqués se sentía feliz.

Muy aficionado al campo, visitaba todas las tardes sus viñas —que cultivaba primorosamente—, gozando en sus conversaciones con cuantos labradores se encontraba, asistiendo a cuantas Juntas tenían lugar y formando parte de todas las Comisiones cuando habían de gestionar asuntos de interés general.

En todas las ocasiones y desde los puestos que desempeñó prestó tantos servicios, que, agradecido, Briones le nombró hijo adoptivo y dió su nombre a un trozo de cerca comprendido entre la ermita del Cristo y el Torreón, teniendo que lamentar una vez más la desaparición de este nombre que, como los otros, no deben ser jamás olvidados en pueblos agradecidos.

DON URBANO LIZANA

HUÉRFANO muy joven, vivió con su tío D. Miguel Govantes, cursando la carrera militar en la Academia de Artillería.

De teniente se casó en Burgos con D.^a Micaela Corsini, de extraordinaria belleza y gran trato social.

Entusiasta de su pueblo, pasaba muchas temporadas encantado de estas costumbres, olvidando su vida casera para sentirse feliz en sus paseos por el campo, meriendas con los amigos y famosas testulias de los atardeceres en las «cercas del Toro».

Unida su hacienda a la de su cuñado Quincoces, ayudó mucho en aquellos trabajos de replantación, en los que ponía todo su entusiasmo.

De gran corazón, encariñadísimo con los suyos, afectado por desgracias y cuando por sus condiciones tanto bien podía hacer a su pueblo, murió en la mejor edad, siendo jefe del Parque de Artillería de Madrid.

DON NICOLÁS MOSCOSO DEL PRADO

HIJO de Joaquín y Juana García Baquero, nació el 10 de septiembre de 1875, haciendo sus primeros estudios en Zaragoza.

Próximo a licenciarse de abogado, al terminar la guerra de Cuba ingresó en la Academia Militar de Toledo, y después de una temporada en Africa, pasó destinado a Bilbao, donde se hizo muy popular, especialmente en la vida de sociedad.

Inteligente y muy ingenioso, no olvidaremos los que tanto le quisimos sus graciosísimas ocurrencias, reveladoras de su gran talento y envidiable carácter.

Se distinguió notablemente como militar, demostrando extraordinario valor en la campaña de Africa, y en la época de la filoxera pasó aquí muchos años replan-

tando su hacienda, instalando la primera trilladora de fabricación nacional, elaborando vinos y contribuyendo con gran generosidad al bien general.

Casado con su prima D.^a Victorina Martínez, murió en Torrecilla de Cameros el 1925 este buen hijo, que tanto se distinguió por su inteligencia, carácter y amor al pueblo.

DON ACACIO MOSCOSO DEL PRADO

HERMANO de Nicolás, nacido el 8 de mayo de 1879, también siguió la carrera militar, ingresando después en la Escuela Superior de Guerra.

En Burgos se casó con D.^a Dolores de la Torre Capelástegui, de muy distinguida familia, que simpatizó mucho en este pueblo de su marido, en el que es hoy muy querida.

Trabajó en el Instituto Geográfico, pasando nuevamente al Estado Mayor y nombrado ayudante del rey D. Alfonso XIII.

Hombre modestísimo, como su padre, trataba de ocultar las muchas cosas que llevaba dentro; pero le denunciaba algún destello de su talento, que era reconocido por sus compañeros y cuantos le trataban.

Jefe de Estado Mayor en Larache en días muy agitados, puso de manifiesto sus excepcionales condiciones en una brillantísima actuación que hizo acrecentar su fama; pero desgraciadamente con ella y como consecuencia de un esfuerzo superior, contrajo una enfermedad que le obligó a vida más tranquila.

Volvió a sus trabajos en el Instituto, y joven todavía, a los cuarenta y ocho años, en enero de 1927, moría en Madrid rodeado de los suyos, entregando su alma a Dios uno de los hombres a quien más he querido, y el más honrado, cariñoso, inteligente y bueno que conocí.

COMENTARIO

HABRÁ llamado a muchos la atención; al repasar las biografías de hijos ilustres de Briones del último tiempo, lo poco que duraron sus nombres en calles o plazas dedicadas a perpetuar su memoria.

A este propósito considero un deber terminar esta parte de mi libro con un comentario, por ser obligación de quien escribe para el público hacerlo con la mayor imparcialidad y no escamotear la verdad, que ha de resplandecer como todo lo que es hermoso en la vida.

Por esto he de señalar, frente a las altas virtudes de mi pueblo, los defectillos que tiene, sin otro propósito que contribuir a corregirlos o borrarlos de una vez, para que absolutamente nada pueda afearle.

Sin ser partidario de estos cambios, nunca me pareció mal ver asomados nuevos títulos por las esquinas de calles o plazas, sobre placas clavadas en viejas piedras de estas casas señoriales, en demostración de cariño o gratitud. Lo que no está ni estará nunca bien, es que sobrando sitio para todos, se tiren por el suelo y se borren nombres de quienes no cometieron la menor iniquidad, además de vivir todavía en el corazón de la mayor parte de los vecinos.

Este vicio de quitar y poner, que no es de hoy ni exclusivo de este pueblo, se ha puesto desgraciadamente en moda para las Corporaciones, como la melena y la falda corta para las señoras; pero sin que nadie se dé por aludido, ya que particularmente no considero a ninguno autor, yo quisiera que todos, poniendo en lo alto la mirada y apartándola por un momento de las pequeñeces que envenenan, consideraran los daños irreparables que con ello se originan, especialmente en estos pequeños lugares.

Se educa a todos en la ingratitud, enseñándoles para cualquier cambio el camino que han de seguir mañana

con las que se colocan hoy. Es un insulto cobarde a seres ya desaparecidos, simulando, sin ser verdad, que el pueblo que un día les aclamó y en el que algunos nacieron, les lleva su odio hasta más allá de la muerte. Se mata el estímulo de muchos, que ya saben lo que les espera si se hacen acreedores con su conducta o sacrificios a que se les lleve un día en hombros, se imprima su nombre en alguna porcelana o se coloque su busto en la senda de un paseo o el centro de una plaza principal.

En estos pueblos especialmente, en los que incluso viven o tienen sus propiedades sus descendientes, se les agravia, se renuevan sus heridas, se les hace llorar, y esto, además de cruel, es perjudicial para todos. Esos familiares comienzan a sentir el despego natural al sitio que demuestra tal ingratitud, originando en muchos casos la desaparición de esas casas que tanto bien producen y tan conveniente es a los pueblos conservar.

Se desacredita el lugar y los autores, porque frente a cuatro jaleadores, que en la mayor parte de las ocasiones hacen tantísimo daño, la mayor parte, aunque no lo manifiesten por miedo a torcidas interpretaciones, protesta de estos actos tan poco elegantes, y no digamos nada de los comentarios poco favorables de tanta persona de buen gusto, que tienen referencias o conocieron a todos aquellos señores que tanto honraron a sus pueblos o fueron orgullo de la nación.

Buena falta hacía para estas innovaciones, como para la conservación y reformas en todo lo artístico, unas Juntas provinciales que yo llamaría de «buen gusto».

Y conste que al escribir este comentario y condenar un mal nacional que considero confuso, poco aleccionador y muy antipatriótico, he dejado dormidos todos mis afectos, para que sólo hablara mi cariño a Briones y a los demás lugares de España, que me parecen míos por esto precisamente. Por ser españoles.

ULTIMA PAGINA

No es corriente en ningún autor esto de despedirse a la terminación de un libro; pero como yo no aspiro a sentar plaza de publicista—título que además corresponde mejor otorgar al público—y habíamos quedado en tu visita a Briones en mi papel de «cicerone» y hasta en echar un trago, me parece una incorrección dejarte marchar sin darte la mano.

Así pues, adiós o hasta luego, ya que es fácil nos volvamos a encontrar. Si ello ocurre, te prometo tratar asunto más ameno.

Mi propósito de hoy era sólo el de enseñarte mi pueblo, al que tantísimo quiero y me da más pena cada día, no por sus ruinas—que me parecen gloriosas—, sino por su abandono, por lo olvidado que está, por su vivir entre miserias de todo género. Considero además que hago algo útil al divulgar su vida y problemas, tan parecidos a los de casi todos los demás lugares.

Ten en cuenta estas buenas intenciones al juzgar este libro cuya pobreza soy el primero en reconocer, y mucho celebraré te guste algo de lo que hay en Briones, para lo que en defecto de mi prosa ramplona he intercalado unas fotografías.

Por todo ello verás que mi lugar es igual a un señor venido a menos, maltratado y abandonado, que cuando llega una ocasión como ésta goza mostrando su pasado y enseñando sus pergaminos.

Viejos hidalgos de los que todavía quedan muchos por esta noble provincia riojana, por este trozo de tierra que la Naturaleza quiso esconder entre sierras y alturas, pero cuyo nombre llega con el de España hasta el úl-

timo rincón del mundo, impreso en etiquetas que sirven de envoltura a todo lo sabrosísimo que cría su suelo; lo mismo que se asoman las lindas mujeres que nacen en ella, para enseñar sus caras bonitas en la escarda o la vendimia, por encima de los verdes trigales o entre los pámpanos y racimos de sus vides.

Alegre como unas castañuelas, riéndose siempre bajo su cielo azul, jamás sintió tristeza la Rioja, y Briones, a pesar de sus desdichas, aún se siente feliz esperando tiempos mejores, contemplando la hermosura de su valle, viendo pasar el Ebro y cantando la jota.

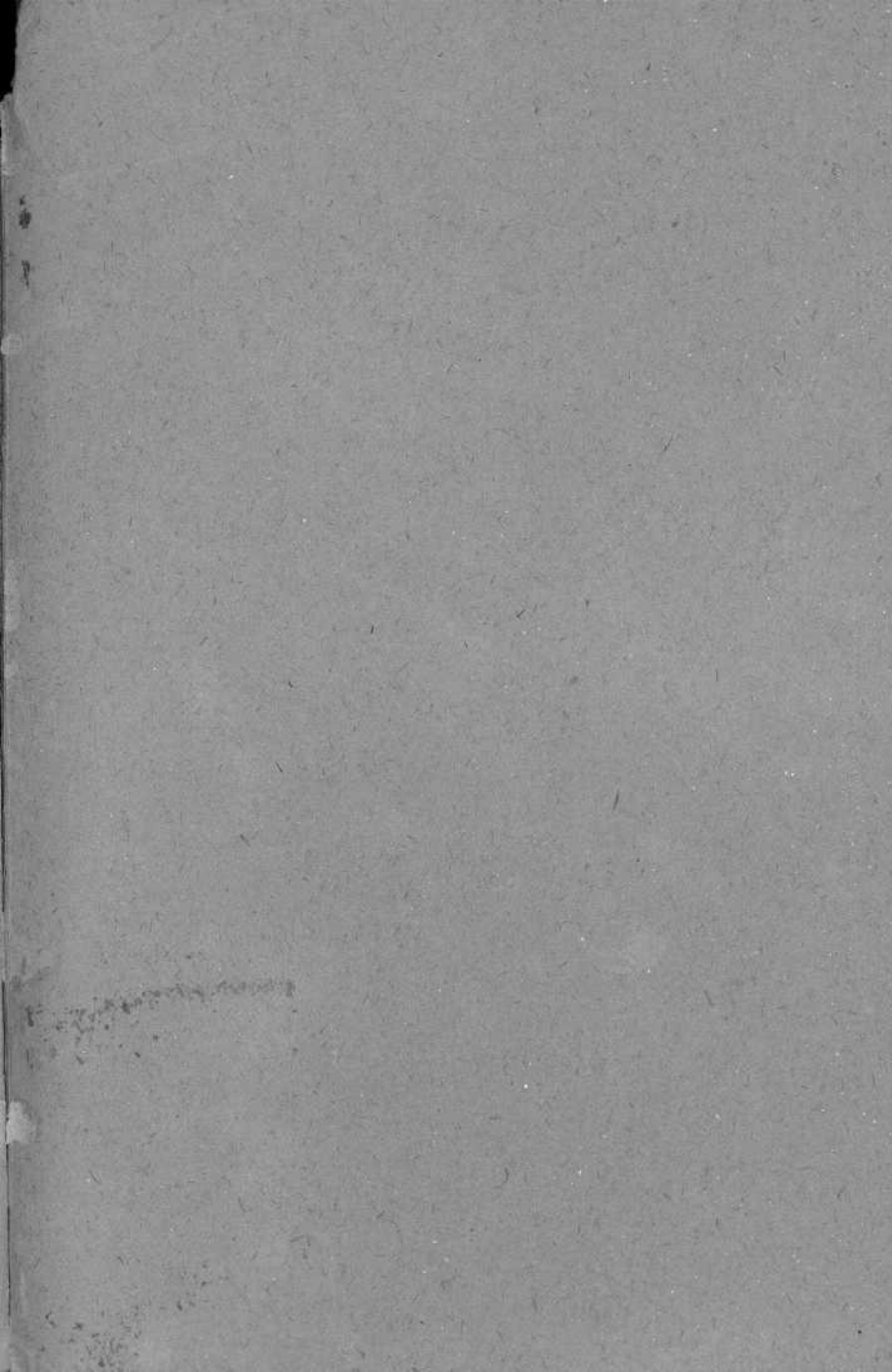
FIN

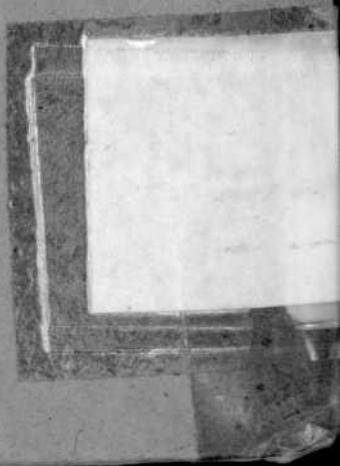


INDICE

	PAGS.
Al lector	7
Su origen	9
Los herones	12
Señoríos...	15
La iglesia	24
Las ermitas	43
La villa...	51
Los paseos...	53
Término jurisdiccional	55
Lo que fué Briones	65
Lo ocurrido después...	69
1901. — Todos pobres	72
Esfuerzo inútil	74
Por mi cuenta	77
Hijos ilustres...	79
Comentario	106
Ultima página...	108







97

R